

NEW LEFT REVIEW 94

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2015

ARTÍCULO

PERRY ANDERSON

Rusia inconmensurable

ENTREVISTA

JAN BREMAN

Un investigador sin trabas

ARTÍCULOS

MARCO D'ERAMO

Después de Waterloo

MALCOLM BULL

El declive de la decadencia

ROB LUCAS

¿El socialismo como idea reguladora?

CRÍTICA

ALEXANDER ZEVIN

El apagavelas

DAVID SIMPSON

Construir el sujeto liberal

RACHEL MALIK

Representaciones figurativas

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

RUSIA INCONMENSURABLE

PRONTO HABRÁ TRANSCURRIDO un cuarto de siglo desde que Rusia dejó atrás el comunismo. Su actual gobernante lleva en el poder más de quince años, y para el final de su actual mandato habrá igualado prácticamente la permanencia en el cargo de Brezhnev. Desde el principio, la opinión occidental de su régimen ha estado muy dividida. Al final de su primer mandato era evidente que con Putin –después de un periodo de miseria generalizada y desgobierno, que llevó al Estado al borde de la quiebra– el país había regresado al crecimiento económico y la estabilidad política, y también lo era la popularidad que eso le otorgaba. Pero más allá de esos datos desnudos, no había consenso. Para un bando, cada vez más notorio conforme pasaba el tiempo, los pivotes del sistema de poder de Putin eran la corrupción y la represión: un Estado neoautoritario fundamentalmente hostil a Occidente, con una envoltura de rasgos legales alrededor de una pirámide ruinoso de cleptocracia y matonismo.

Esta visión prevalecía sobre todo entre los periodistas, aunque no se limitaba a ellos: una muestra representativa la constituían *The New Cold War* (2009) de Edward Lucas, director de *The Economist*; *Mafia State* (2012), del periodista de *The Guardian* Lucas Harding; y *Fragile Empire* (2013), del columnista de *Standpoint* Ben Judah; pero la expresaba con parecida acritud un jurista como Stephen Holmes. Para Lucas, Putin, tras haber tomado el poder con un «golpe de Estado cínico» y haberlo mantenido con «métodos terroristas y gansteriles», había arrojado «una sombra oscura sobre la mitad oriental del continente». Para Harding, bajo la tutela de Putin, «en Rusia se han consolidado la intimidación, la violencia, la crueldad y, sobre todo, la inhumanidad». Para Judah, Rusia es «una sociedad angustiada y rota» que constituye uno de los «grandes fracasos de la historia», en garras de un sistema apocalíptico en el que,

como «Putin no puede abandonar el poder sin temor a ser detenido», Occidente «debería preguntarse si ofrecerle el exilio para evitar un baño de sangre». Para Holmes, «detrás de la máscara de una restauración autoritaria» no había más que el «frenesí que alimenta la anomia» de «una oligarquía rapaz, internamente enfrentada y sin raíces sociales» cuyos «diversos grupos compiten por apoderarse de la mayor porción posible del dinero que fluye incontenible»¹.

El campo opuesto ha tenido mayor peso académico, gracias en particular a dos de las principales autoridades sobre la política de la Rusia poscomunista, que ofrecieron veredictos sustancialmente favorables sobre el ejercicio de Putin en el cargo, señalando, empero, sus lados más oscuros. El estudio de Daniel Treisman sobre las dos primeras décadas desde la caída de la Unión Soviética, *The Return* (2011), desarrollaba su afirmación anterior de que Rusia se había convertido en un país normal de renta media, con todas las deficiencias típicas de estos –capitalismo de compinches, desigualdad de ingresos, corrupción, sesgo descarado de los medios de comunicación, manipulación electoral–, pero incomparablemente más libre que los Estados petroleros del Golfo con los que a menudo se lo comparaba; menos violento que un miembro tan respetable de la OCDE como México; menos estatista en su control de la energía que Brasil. La mayoría de los rusos sentía que desde 1997 había aumentado su libertad y también su felicidad. «¿Realmente sirve a los intereses a largo plazo de Occidente –se preguntaba Treisman– suponer una agenda imperial no probada o exagerar los rasgos autoritarios del régimen actual, para demonizar a los gobernantes del Kremlin y embellecer a sus adversarios liberales?»².

Por su parte, Richard Sakwa –el estudioso más prolífico sobre Rusia en el nuevo siglo: cuatro obras importantes y una plétora de artículos– argumentaba que aunque Putin ha aprovechado las facultades que le aporta la Constitución que heredó, siempre ha actuado dentro de su marco, cuyas normas liberales nunca ha repudiado. Lo que ha surgido bajo su mandato

¹ Edward Lucas, *The New Cold War: Putin's Russia and the Threat to the West*, Nueva York, 2009, pp. 17 y ss.; Luke Harding, *Mafia State: How One Reporter Became an Enemy of the Brutal New Russia*, Londres, 2011, p. 292; Ben Judah, *Fragile Empire: How Russia Fell In and Out of Love With Vladimir Putin*, New Haven, 2013, pp. 2, 328-329; Stephen Holmes, «Fragments of a Defunct State», *London Review of Books*, 5 de enero de 2012.

² Daniel Treisman, *The Return: Russia's Journey from Gorbachev to Medvedev*, Nueva York, 2011, pp. 340-350 y ss., 389.

no es ni una moderna autocracia –no ha habido estados de emergencia, encarcelamientos masivos ni censura literaria o visual– ni una versión más suave del régimen soviético, sino un «Estado dual», compuesto por un orden legal-constitucional y un sistema discrecional-administrativo, tensionados mutuamente por el centrismo de Putin. «La esencia de su sistema –decía Sakwa en *The Crisis of Russian Democracy* (2011)– consiste en mantener parejos esos dos pilares». El equilibrio aproximado entre ellos permitió una evolución esperanzadora hacia la plena llegada a lo que él llamaba «el “paquete estándar” del constitucionalismo, la democracia liberal y el libre mercado» en Occidente, mientras se activaba «el poderoso potencial latente en las instituciones formales de la democracia en la Rusia poscomunista»: «En ese momento, las instituciones miméticas del paquete estándar ganarán gradualmente una vida autónoma propia, y el Estado de derecho superará la arbitrariedad del régimen administrativo»³.

Dualidades

Tales juicios antitéticos no eran, como en la década de 1930 o durante la Guerra Fría, consecuencia de perspectivas ideológicas diferentes. Todos compartían el mismo punto de vista político, el compromiso con el «paquete estándar» de los valores occidentales, como lo llama Sakwa, cuya mimesis es el indicador del progreso de Rusia. Lo que reflejan a su modo las diferencias entre ellos son las ambigüedades bastante objetivas del sistema que estos autores describen. Estas recorren toda la gama de sus formas económicas, políticas e ideológicas. Durante la mayor parte del periodo transcurrido desde Yeltsin, la mayor preocupación de los comentaristas occidentales en general ha sido verificar las pruebas de todo capitalismo que se precie: la libertad de los mercados y la seguridad de los derechos de propiedad. ¿Cómo se han comportado bajo Putin estos atributos esenciales de una economía liberal? Según muchos indicadores convencionales, el suyo ha sido un régimen favorable a las empresas. Los impuestos con un tipo plano del 13 por 100 para sociedades y la renta serían la envidia de los directivos occidentales. Después de la entrada en la OMC, el arancel máximo

³ Richard Sakwa, *The Crisis of Russian Democracy: The Dual State, Factionalism and the Medvedev Succession*, Cambridge, 2011, pp. xi-xiv; «Transition as a Political Institution: Toward 2020», en Maria Lipman y Nikolay Petrov (eds.), *Russia in 2020: Scenarios for the Future*, Washington DC, 2011, pp. 233-235, 250-251. En otro lugar Sakwa observa que el dualismo del sistema ruso no es único, pudiendo compararse al de Irán.

en los productos manufacturados quedaba por debajo del 8 por 100. La deuda pública, incluso después de la crisis financiera mundial de 2008, se ha mantenido alrededor del 10 por 100 del PIB, con reservas de 500.000 millones de dólares, una situación con la que Estados Unidos o los Estados de la UE solo podían soñar. La balanza por cuenta corriente ha arrojado un superávit prácticamente continuo desde el cambio de siglo. Desde que Putin llegó al poder, el sector privado ha aumentado del 45 al 60 por 100 de la economía, lo cual le ha permitido asegurar en repetidas ocasiones a los inversores: «No estamos construyendo un capitalismo de Estado».

En el sector energético, sin embargo, que en 2011 representaba el 52 por 100 del valor de las exportaciones rusas y el 49 por 100 de los ingresos federales, el gas sigue siendo un monopolio estatal y la parte de la industria petrolera en manos del Estado ha aumentado bajo el mandato de Putin desde cerca de 0 hasta el 45 por 100. Que el capital privado todavía controle la mayoría de los recursos petroleros del país hace de Rusia un caso atípico en el mundo contemporáneo, equiparable a bastiones de los principios de libre mercado como Estados Unidos, Canadá y el Reino Unido, mientras que en casi todas partes, desde Brasil a Noruega, Arabia Saudí, Angola, Indonesia o Venezuela, la propiedad pública es la regla. Pero la distribución de los títulos importa menos que el cambio producido. Putin, aunque muy consciente de la popularidad abrumadora con la que habría sido recibida cualquier reversión general de las privatizaciones-botín –*prijvatizatsiya*– de la década de 1990, rechazó cualquier posibilidad de emprenderla. Sin embargo, al quebrar el poder del más ambicioso y despiadado oligarca de la era Yeltsin con la expropiación del imperio Yukos, alteró de un solo golpe el paisaje de la riqueza y el privilegio. El destino de Jodorkovski, ensalzado en los medios de comunicación locales y extranjeros como un titán del empresariado en la nueva Rusia, envió un mensaje inequívoco a sus compinches de saqueo: podrían conservar sus miles de millones, pero sin alharacas. De ahora en adelante, ningún oligarca podía pensar en desafiar el poder del Estado, y cuando fuera necesario, todos debían estar dispuestos a obedecer. Donde más importaba, en las alturas de la economía, la propiedad privada no era incondicional. Era «concesionaria», o como dirían algunos con un vocabulario derivado no tanto del colonialismo del siglo XIX como del absolutismo del XVI, no muy diferentes de una versión

moderna de la *pomestie*, las tierras otorgadas de forma revocable a sus servidores por Iván IV⁴.

Los orígenes de esa marca distintiva del sistema instituido por Putin radicaban en su experiencia formativa en el paisaje petersburgués de la sociedad postsoviética. Después de hacer la Revolución de Octubre en la capital de la Rusia imperial, los bolcheviques trasladaron la sede del poder de Petrogrado a Moscú, más defendible durante la Guerra Civil. A partir de entonces, mientras existió la URSS, con su nuevo nombre de Leningrado, la ciudad se fue reduciendo gradualmente a un callejón sin salida político, cuyos líderes locales veían siempre su carrera interrumpida por la muerte o la desgracia. Con la apertura de la economía rusa durante la década de 1990, y rebautizada como San Petersburgo, sus posibilidades cambiaron, volviendo a ser una vez más la ciudad rusa más orientada geográfica y culturalmente hacia Occidente, como su fundador había pretendido. Tras prestar sus servicios a las órdenes de la KGB en Dresde, en 1991 Putin se convirtió inmediatamente en adjunto del alcalde de San Petersburgo Anatoli Sobchak, un héroe liberal del momento, quien lo puso a cargo de las relaciones económicas de la ciudad con el exterior. Allí estaba en el centro de las redes entrecruzadas de influencia política y maniobras económicas, vinculando con lazos legales y financieros de todo tipo a los empresarios neófitos y a los veteranos del servicio de seguridad, que en su momento iban a suponer el núcleo de su régimen. Hacia el final de la década el propio Sobchak, investigado por corrupción a gran escala, huyó a París con la ayuda de Putin, quien por entonces trabajaba en el Kremlin. Aparte de ellos, la mayoría de los principales miembros del sistema que surgió después de 2000 provenía de la red de *pitersy*: entre otros, los halcones neoliberales Chubais, Kudrin y Gref, los agentes de inteligencia Sechin, Ivanov y Yakunin, los jefes de seguridad Patrushev y Bortnikov, los leguleyos Medvédev y Kozak, y los multimillonarios compinches personales del presidente, Timchenko y los hermanos Rotenberg⁵.

⁴ Compárese Gerald Easter, «Revenue Imperatives: State over Market in Post Communist Russia», en Neil Robinson (ed.), *The Political Economy of Russia*, Lanham, 2013, pp. 62-66, con William Tompson, «Putin and the “Oligarchs”: a Two Sided Commitment Problem», en Alex Pravda, (ed.), *Leading Russia: Putin in Perspective: Essays in Honour of Archie Brown*, Nueva York, 2005, pp. 200-201.

⁵ Para un análisis en general preciso y documentado del núcleo petersburgués, basado también en contactos personales, véase Thane Gustafson, *Wheel of Fortune: The Battle for Oil and Power in Russia*, Cambridge (MA), 2012, pp. 231-271, que, sin embargo, omite cortésmente las desventuras de Sobchak, descritas mordazmente por Masha Gessen en *The Man Without a Face: The Unlikely Rise of Vladimir Putin*, Nueva York, 2012, pp. 91-93, 124-125, 127, 134-144.

Dentro de esta constelación, donde todos han hecho grandes fortunas personales, ninguna línea clara de demarcación ha separado nunca a los liberales económicos de los *siloviki* estatistas: unos y otros amparan políticamente la acumulación privada de activos. Pero al constituir un conglomerado muy diverso, más que un clan, los conflictos personales y los cambios de alineamiento son endémicos, lo que permite a Putin barajar las posiciones y equilibrar los intereses a su antojo, como árbitro de la interrelación general entre el Estado y el capital. El más inteligente de sus «técnicos políticos» –asesores en la gestión de la opinión–, Gleb Pavlovsky, ofreció a principios de 2012 un vívido relato de los mecanismos ocultos tras ese arte de gobernar, explicando que Putin fue quien mejor entendió la llegada del capitalismo al estilo soviético: «A todos nos enseñaron que el capitalismo es el reino de los demagogos, tras los cuales se camuflan las grandes fortunas y una máquina militar que aspira a controlar el mundo. Es una imagen muy clara y simple y creo que Putin la tiene muy asumida, no como una ideología oficial, sino como una especie de sentido común. Por decirlo de otro modo, éramos idiotas al tratar de construir una sociedad justa cuando deberíamos haber estado haciendo dinero, porque si hubiéramos hecho más dinero que los capitalistas occidentales, entonces los podríamos haber comprado, o podríamos haber creado un arma que ellos no poseyeran. Eso es todo. Perdimos la partida porque no hicimos varias cosas muy simples: no creamos nuestra propia clase de capitalistas, no dimos al tipo de depredadores que se nos dijo que éramos la oportunidad de aparecer y devorar a sus depredadores [...]. Esos eran los pensamientos de Putin y no creo que hayan cambiado significativamente desde entonces»⁶.

Los oligarcas creados durante el Gobierno de Yeltsin no habían entendido su *ultima ratio*, y con Yukos hubo que enseñársela. Pero no había duda de la necesidad de su especie. Vladislav Surkov, un ostentoso *consigliere*, dijo a un periodista en 2011 que Putin percibía que era imposible una desposesión general de los oligarcas, porque no había suficientes empresarios capaces de reemplazarlos. El depósito de hombres de negocios era «demasiado magro ypreciado [...], ellos son los portadores del capital, del intelecto, de la tecnología». De esto se deducía que «los hombres del petróleo no son menos importantes que el petróleo; el Estado

⁶ Gleb Pavlovsky, entrevistado por Tom Parfitt, *NLR* 88, julio-agosto de 2014, p. 56 [ed. cast.: *NLR* 88, «La visión que Putin tiene del mundo», septiembre-octubre de 2014, pp. 62-63].

tiene que aprovechar al máximo ambos».⁷ En esta sintaxis económica, el sujeto principal es el último.

Garante del orden

¿Y qué hay de los ingredientes políticos del paquete estándar? Putin siempre ha insistido en que la sociedad que gobierna es una democracia. Pocos sostienen que sea una dictadura militar o policial. La libertad de expresión como tal, en forma impresa o en línea, no es mucho menor que en Occidente. Las oportunidades para ejercerla en la televisión o en la prensa son mucho menores, pero se ven poco entorpecidas en la red, y Rusia cuenta en la actualidad con el público adicto a Internet mayor de Europa. La libertad de viajar está garantizada. La vigilancia electrónica de los ciudadanos es mayor en Estados Unidos. Los partidos de oposición son elegidos periódicamente, si bien de forma nominal, al Parlamento. La Constitución, cuya aprobación fue aclamada por Occidente, permanece intacta. Se reconoce la jurisdicción internacional del Tribunal Europeo de Derechos Humanos. En la legislación nacional, la mayoría de la jurisprudencia civil procede sin interferencias. Las referencias al *Rechtsstaat* [Estado de derecho] no son todas imaginarias.

Englobándolo todo hay, sin embargo, un orden sobrevenido. La propia Constitución es fruto de un fraude: la falsificación de votos en un referéndum que la propia comisión de control de Yeltsin expuso, en torno a la cual los estudiosos y periodistas occidentales han preferido lanzar un manto de silencio. Desde la caída de la Unión Soviética no ha habido elecciones libres de falsificación o coacción. La victoria de Yeltsin en 1996, recibida con grandes aplausos en la Casa Blanca y Downing Street, fue la confiscación más notoria de la voluntad popular: dieciséis años después Medvédev, un presidente electo con el mismo sistema, admitió abiertamente que había sido el comunista de tercera Ziuganov quien había ganado en realidad la contienda en 1996⁸. Putin, a diferencia de Yeltsin, habría conseguido sus victorias presidenciales, quizá no tan abrumadoras, incluso sin distorsionar los resultados; pero los votos para su ornato parlamentario, Rusia Unida, nunca han correspondido a un apoyo real⁹. La Constitución no promueve

⁷ Véanse Fiona Hill y Clifford Gaddy, *Mr Putin: Operative in the Kremlin*, Washington DC, 2013, p. 209; Yelena Tregubova, *Baiki kremlyovskogo diggera*, Moscú, 2003, pp. 349-350.

⁸ Para un informe completo, véase *Time*, 24 de febrero de 2012.

⁹ El mejor análisis detallado del amañeo de resultados electorales en las elecciones que ganó Yeltsin y en las primeras de Putin se puede encontrar en M. Steven Fish, *Democracy Derailed in Russia: The Failure of Open Politics*, Nueva York, 2005, pp. 30-81.

una división sustantiva de poderes. En los niveles superiores, el poder judicial promulga la voluntad del Kremlin. Desde que Yeltsin bombardeó la Duma, el poder legislativo ha sido un cuerpo en gran medida simbólico. Ni siquiera el Gobierno es un verdadero ejecutivo, ya que no es solo que el primer ministro sea nombrado por el presidente (salvo cuando Putin se nombró a sí mismo) y pueda ser destituido por él, sino que la presidencia goza de amplios poderes sobre el Gobierno como tal. El meollo del sistema político es un *superpresidencialismo* sin equivalente constitucional en ningún Estado importante del mundo contemporáneo.

Apuntalar la maquinaria de la representación dilatada o ficticia es un mecanismo de coerción actualizado y ampliado. Desde Yeltsin, el tamaño de la burocracia federal y local se ha más que duplicado, hasta alrededor de 1,7 millones de funcionarios. Con Putin, el aparato de seguridad ha seguido creciendo, multiplicándose por más de doce el gasto en ese capítulo. La FSB, el Servicio Federal de Seguridad, ha aumentado hasta los 350.000 miembros, formando una red más densa en la sociedad que el antiguo KGB y suministrando gran parte de la capa superior de la administración regional¹⁰. Aparte de las zonas de guerra del Cáucaso Norte, la represión directa está a cargo de las Unidades Especiales de la Policía (OMON) del Ministerio del Interior, la policía antidisturbios desplegada contra las protestas o manifestaciones no autorizadas. Los asesinatos por encargo, que persisten desde la época de Yeltsin y los oligarcas, rara vez se aclaran. La corrupción, omnipresente en todos los niveles de gobierno, sirve como trabazón para mantener unidas en un sistema común las instituciones administrativas, representativas y represivas. Una autoridad reconoce que los sobornos pueden alcanzar totales anuales de doce cifras¹¹: con ese dinero se sellan y se mantienen unidas fuerza y consentimiento en la estabilización del poder.

Eso en cuanto a las bases internas del régimen. El paquete estándar, sin embargo, por cuya consolidación se guía la valoración desde Occidente, incluye un elemento más que apenas necesita ser explicado, ya que quedó escrito en su definición como tal: el compromiso ideológico con la comunidad internacional que lo encarna, como un certificado de la

¹⁰T. Gustafson, *Wheel of Fortune*, cit., p. 391; Ben Judah, *Fragile Empire ...*, cit., 2014, pp. 100-101.

¹¹R. Sakwa, «Systemic Stalemate: *Reiderstvo* and the Dual State», en Robinson (ed.), *The Political Economy of Russia*, cit., p. 74, cita una cifra de 240 millardos de dólares que es seguramente una exageración; pero la mera posibilidad de lanzar esa estimación habla por sí misma.

mímesis requerida. Para Washington y Bruselas, la construcción de una democracia moderna es inseparable de la alineación con la ecúmene euroestadounidense. ¿Hasta qué punto cumple Rusia esa condición? Al comienzo de su mandato, Putin no solo insistía en que el país pertenece históricamente a Europa, sino también en que compartía la identidad de su región más avanzada: «Somos europeos occidentales». Hasta sugirió que Rusia podría unirse a la OTAN. Si bien declaraciones posteriores fueron más moderadas, el régimen y sus medios de comunicación nunca dejaron de invocar los valores comunes de la civilización occidental, defendidos por Rusia junto con Estados Unidos y la UE, en su batalla contra el terrorismo. Diplomáticamente, Putin fue el primero en expresar su solidaridad con Bush después de los atentados contra las Torres Gemelas y el Pentágono; cerró las bases soviéticas en Cuba y Vietnam; abrió el espacio aéreo ruso para las líneas de abastecimiento estadounidenses a Afganistán; no hizo mucho caso de la expansión de la OTAN a los países bálticos, y redujo, más que aumentó, el aparato militar de su país, en otras tantas demostraciones de que Rusia era un socio de confianza para Occidente y un miembro leal de la comunidad internacional.

Pero desde el principio mantuvo una advertencia. Moscú había abandonado cualquier pretensión de ofrecer una alternativa a la civilización del capital y sus formas políticas, pero no había renunciado a su derecho a la autonomía dentro de ella. Rusia iba a seguir defendiendo sus propias tradiciones, que se remontan muy atrás en la historia. En su «Mensaje del Milenio» en el umbral de su presidencia, Putin explicó sus principales rasgos:

Para nosotros, el Estado y sus instituciones y estructuras han desempeñado siempre un papel excepcionalmente importante en la vida del país y el pueblo. Para los rusos, un Estado fuerte no es una anomalía que se deba combatir; muy por el contrario, es la fuente y garante del orden, el pistón y principal fuerza motriz de cualquier cambio¹².

De cara al exterior, eso significaba cumplir los deberes de *derzhavnost'*: Rusia seguiría actuando como una de las grandes potencias, tal y como venía siéndolo desde el siglo XVIII¹³. La contradicción entre este vocabulario del pasado y el discurso normativo de una «comunidad internacional»

¹² 29 de diciembre de 2012: véase F. Hill y C. Gaddy, *Mr Putin*, cit., p. 36.

¹³ G. Pavlovsky: «Putin fue uno de los que esperaron pasivamente el momento de la *revanche* hasta el final de la década de 1990. Por *revanche* entiendo la resurrección del gran Estado en el que habíamos vivido y al que nos habíamos acostumbrado. No queríamos otro Estado totalitario, por supuesto, pero sí uno respetable», *NLR* 88, cit., p. 56.

que destierra cualquier noción de jerarquía, en realidad para afianzar la hegemonía de la superpotencia, difícilmente podía pasar inadvertida. A su debido tiempo, cuando Estados Unidos se mostró poco motivado por las aperturas de Putin, se fue desarrollando una doctrina destinada a reducir la brecha entre ambas. Lo que Rusia defendía era una «democracia soberana», en la que el sustantivo reiteraba la adhesión al paquete estándar, mientras que el adjetivo señalaba su índice de desviación con respecto a él. Rusia no sería meramente mimética, ni en el interior ni en el extranjero, y Occidente tendría que ir acostumbrándose a ello.

I. CONMOCIONES

Así estaban las cosas cuando la segunda presidencia de Putin llegó a su fin en la primavera de 2008, después de una carrera ininterrumpida de rápido crecimiento económico, aumento del nivel de vida, estabilidad política y popularidad nacional. Como cualquier apoteosis, duró poco. Desde entonces cuatro crisis sucesivas han sacudido al régimen, afectando a una tras otra de sus bases. La primera golpeó al cabo de pocos meses, cuando las ondas expansivas de la crisis financiera occidental llegaron a Rusia. Con sus repetidos superávits exportadores, el Estado había saldado la deuda externa acumulada bajo Yeltsin y había acumulado grandes reservas. Pero las empresas privadas y los bancos públicos se habían endeudado imprudentemente en el extranjero, contando con la seguridad de la garantía estatal, en una burbuja de crédito que casi triplicó sus pasivos en el extranjero en 2006-2007¹⁴. Cuando los préstamos a corto plazo fueron reclamados por los acreedores occidentales atrapados por el desplome de Wall Street, y el precio del petróleo se desplomó de 147 a 34 dólares el barril, el mercado de valores ruso perdió un tercio de su valor prácticamente de la noche a la mañana. La inyección masiva de fondos de reserva en el sistema bancario evitó un colapso general, pero la recesión subsiguiente fue la más profunda entre las grandes economías del mundo, con una reducción del PIB del 7,9 por 100 en 2008.

Para 2010 la economía había salido de la crisis, pero la época de superávit en los presupuestos había quedado atrás. Para preservar su apoyo popular, el régimen tuvo que sostener el consumo con un aumento del gasto público del tipo al que sus halcones neoliberales siempre se habían resistido: los excedentes petroleros tradicionalmente depositados por el

¹⁴T. Gustafson, *Wheel of Fortune*, cit., p. 362.

Ministerio de Hacienda en fondos y depósitos soberanos en el exterior ahora tenían que gastarse en subir las pensiones y otras prestaciones sociales. El déficit iba a ser a partir de entonces la norma; tras el fin del *boom*, el crecimiento se iba a ir desacelerando hasta estancarse. El capitalismo concesionario no había logrado renovar las reservas físicas del país o expandir su frontera tecnológica. Los beneficios extraordinarios del sector energético no habían generado un gran uso productivo, pues sus plutócratas habían preferido seguir adquiriendo bienes inmuebles y activos financieros en el exterior en lugar de modernizar la industria del país. En 2007 la inversión había caído el 40 por 100 respecto del último año de la Unión Soviética, y con un promedio del 20 por 100 del PIB sigue siendo menos de la mitad que la de China y dos tercios de la de India, países ambos con empresas más competitivas mundialmente que Rusia¹⁵. En el sector petrolero, decisivo para el futuro del país, los rendimientos han ido cayendo constantemente, al irse agotando los campos fácilmente explotables; un incremento cuatro veces mayor de la inversión entre 2006 y 2010 solo generó un aumento del 5 por 100 en la producción. En el conjunto de la economía, donde la industria representa menos del 20 por 100 de la producción, el rendimiento no era mucho mejor: la productividad del trabajo se ha estancado en poco más del 40 por 100 de los niveles alcanzados en Europa Occidental o Estados Unidos¹⁶. El horizonte de ingresos del régimen se iba estrechando.

La reducción de las perspectivas económicas fue seguida por problemas políticos. Putin, deseoso de preservar la legitimidad constitucional que le servía en parte como escudo de su reconocimiento en el exterior, cedió la presidencia a su ayudante Medvédev, elegido como la figura de su entorno mejor situada para tranquilizar a la opinión occidental y liberal con respecto a la trayectoria progresista del régimen; pero en lugar de retirarse de la escena, aunque fuera por un corto lapso, se trasladó a la Casa Blanca como primer ministro, con lo que sugería una encarnación personalizada del Estado dual teorizado por Sakwa. Aquel arreglo, motejado por sus críticos como «tandemocracia», resultó contraproducente. Medvédev, tratando de crearse una base propia para un segundo mandato en el Kremlin, se pronunció contra el fraude, la corrupción, la

¹⁵ Paul Christensen, «Russia as Semiperiphery: Political Economy, the State, and Society in the Contemporary World System», en N. Robinson (ed.), *The Political Economy of Russia*, cit., p. 184.

¹⁶ Vladimir Popov, «Russia Redux?», *NLR* 44, marzo-abril de 2007, pp. 42-43 [ed. cast.: «¿Rusia redux?», mayo-junio de 2007, pp. 41-42]; *Financial Times*, 26 de septiembre de 2013; World Bank, *Russian Economic Report*, primavera de 2012, p. 9.

alegalidad –«nihilismo legal»– y el estancamiento tecnológico, cortejó a los medios independientes y declaró que no se podía trocar bienestar por libertad; pero esos pronunciamientos no se vieron acompañados por cambios significativos en el sistema político: antes al contrario, en una intensificación de sus rasgos, por una ampliación de las futuras presidencias de cuatro a seis años. El resultado fue que tras elevar las esperanzas de reforma en los círculos liberales, su frustración se avivó al sentirse decepcionados.

Entretanto, Putin se iba mostrando cada vez más nervioso por las pretensiones de su sustituto provisional, haciéndose públicas las fricciones entre ambos a raíz del apoyo ruso al bombardeo de la OTAN de Libia, justificado como un golpe saludable contra la barbarie por Medvédev, y calificado como uso fraudulento de una resolución del Consejo de Seguridad por Putin. En el otoño de 2011 importantes tecnócratas como Pavlovski y Surkov habían desertado al campo de los defensores más o menos públicos de un segundo mandato para Medvédev, y en Moscú crecían las expectativas de que, una vez emancipado de su mentor, introduciría una liberalización muy necesaria del régimen. Disipando las ilusiones, Putin anunció en septiembre, con un Medvédev cabizbajo a su lado, que, respondiendo a un «antiguo acuerdo» –manifiestamente falso– ahora intercambiarían sus puestos y él regresaría a la presidencia. Este enroque de posiciones, que dejaba obscenamente claro quién era el jefe, fue un error de cálculo que provocó indignación más que indiferencia o resignación en *le tout Moscou*. Peor aún fue cuando en diciembre se descubrió un fraude más descarado que nunca para cubrir una fuerte caída en el apoyo a Rusia Unida. Esta vez la reacción en la capital fue explosiva, con más de 100.000 manifestantes contra el régimen, un número mayor que el que los demócratas pudieron nunca reunir en los días de la *perestroika* y su final. Por primera vez, Putin se enfrentaba a una amplia oposición en el centro del país, con repercusiones más débiles en muchas ciudades periféricas.

Pero en el conjunto de la sociedad no se alcanzó una masa crítica. La mayoría de los manifestantes de Moscú, procedentes de la clase media profesional en una metrópoli muy alejada del resto de ciudades de Rusia por su excepcional concentración de rentas y servicios, representaban a una minoría privilegiada de la población, en la que la intelectualidad al viejo estilo se estaba viendo superada por un estrato más joven de «creativos», en el admirativo sentido occidental del término, imbricados en el

mundo de la publicidad, la moda, las relaciones públicas, la programación, la consultoría y similares. Aunque de perspectiva predominantemente liberal, la gama de los manifestantes se extendía a grupos nacionalistas, por un lado, y corrientes de izquierda, por otro, en una heterogeneidad ideológica reflejada en el inestable símbolo público de la oposición, el bloguero xenófobo Alexei Navalny, martillo de millonarios ladrones, pero también de inmigrantes sin dinero. Más allá de las convocatorias de elecciones limpias y funcionarios honestos, la gama de la disidencia carecía de cualquier programa unificador capaz de ampliar su atractivo para la mayoría de la población que no goza de sus ventajas y para la que la penuria material –desigualdad, inseguridad, pobreza, ineficiencia– importa más que la rectitud jurídica. Tal como están las cosas, es poco probable que el rechazo de la estructura formal del régimen sin crítica de su contenido social dé lugar a un despertar popular¹⁷. La receta de Navalny para la liberación –«Diez empresarios valientes y el Gobierno caerá»– habla por sí misma.

Para contrarrestar el desafío en el centro de Moscú, Putin organizó el traslado en autobuses desde los suburbios de empleados públicos, trabajadores y matones jóvenes en ruidosas manifestaciones de apoyo y acumuló todo el peso de la Administración y los medios estatales para su reelección como presidente en marzo. La victoria llegó sin dificultad –lo mejor que la oposición liberal pudo oponerle fue el multimillonario Mijaíl Projorov, un oligarca detenido por la policía francesa por proxenetismo en una estación de esquí alpino–, aunque con un margen reducido, con cifras infladas como de costumbre y un atractivo disminuido. Con la desintegración del consenso del que habían disfrutado sus dos primeras presidencias, la retención del poder requería ahora la polarización, reuniendo a los más desfavorecidos y menos educados contra el *beau monde* mimado y sus vástagos. En esa estrategia tenía que contar con las mismas restricciones que la oposición. El gasto público podía ayudar a adormecer la difícil situación de los bajos fondos, pero la sustancia socioeconómica del régimen estaba bajo mínimos. Ideológicamente, el apoyo no podía ser movilizadado en función de una política de clase, sino como guerra cultural, enfrentando la moral patriótica contra la

¹⁷ Este es el mordaz veredicto de Tony Wood, «Collapse as Crucible: The Reforging of Russian Society», *NLR* 74, marzo-abril de 2012, p. 37 [ed. cast.: «El colapso como crisol», *NLR* 74, mayo-junio de 2012, p. 34]. Para un buen análisis de la naturaleza y las perspectivas de la oposición en Moscú, véase B. Judah, *Fragile Empire*, cit., pp. 195-256 y ss.

indecencia sin principios y los iconos de una tierra honrada y su fe contra los virus de la decadencia infectada por el extranjero.

A escala nacional, adonde está dirigida explícitamente, la retórica del choque de valores podría tener algún efecto político, pero mucho menor a escala provincial, donde la brecha entre el prestigio personal de Putin como presidente y la credibilidad de sus administradores locales, ya evidente en las elecciones a la Duma, no ha hecho más que ampliarse. En 2013, después de un largo periodo de indecisión por parte del régimen, que dudaba entre la represión y las concesiones, se le permitió a Navalny presentarse para alcalde de Moscú, y con el 27 por 100 de los votos –menos de una décima parte del electorado, en una triste participación del 33 por 100– proclamó su victoria moral, frente a las expectativas de victoria inevitable del titular del Kremlin. Fuera de la capital, en las vastas llanuras uniformes de Rusia, los lazos identitarios regionales siempre han sido relativamente débiles, a lo que se ha añadido la intensificación de la fragmentación social, producto de la caída del viejo sistema socialista, que ha hecho que las comunidades hayan conocido trayectorias divergentes al albur de la dotación o ausencia de recursos y rentas. Si las dos características trabajan en beneficio del poder central, las cuestiones locales también otorgan poca influencia a las bravatas nacionales. Tras las primeras sorpresas en Kaliningrado y Yaroslavl, en 2014 candidatos disidentes obtuvieron las alcaldías de Novosibirsk y Ekaterinburgo, tercera y cuarta ciudades más grandes del país. La cohesión del régimen estaba visiblemente deshilachada.

Sin embargo, la distensión que permitía tales trastornos electorales también podría entenderse como señal de una corrección del rumbo. Inspeccionando la escena, Sakwa concluía con una nota de esperanza. Dado que «la esencia del putinismo es la absorción constante por el centro de la política, el personal y el poder –opinaba–, Putin trataba ahora de incorporar elementos de la insurgencia a un sistema de poder reequilibrado [dotado de] potencial para el cambio y el desarrollo». Rusia necesitaba el Estado de derecho, elecciones limpias y derechos de propiedad sólidos, pero «no está nada claro que pudiera resolver esas tareas mejor sin Putin que con un Putin escarmentado y constreñido por las instituciones revitalizadas del Estado de derecho y la presión de una nación madura y movilizada políticamente»¹⁸. Era demasiado pronto para descartar la lógica de la mimesis.

¹⁸ Richard Sakwa, *Putin Redux: Power and Contradiction in Contemporary Russia*, Londres y Nueva York, 2014, pp. 230-231.

Problemas con los vecinos exsoviéticos

Pero de inmediato habría que hacer frente a un problema mucho más serio. Después de las crisis económica y política, vino la diplomática. A lo largo de sus dos primeras presidencias, el tono de la política exterior de Putin había cambiado, pero su dirección apenas se había alterado. La asociación con Occidente seguía siendo el objetivo primordial. Eso significaba el reconocimiento y respeto a Rusia como el mayor Estado de Europa, aliado en la lucha contra el terrorismo islámico, colaborador con la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad en Afganistán, miembro y anfitrión del G-8, participante en el Cuarteto de Madrid sobre Oriente Próximo, en términos cordiales con Israel, y por si fuera poco, con una economía próspera integrada en los mercados de capital globales. Había puntos de fricción con Estados Unidos y la UE: el desguace del Tratado de Misiles Antibalísticos, las bases avanzadas de los sistemas de radar en Europa Central, el mantenimiento de la enmienda Jackson-Vanik, etcétera. Pero basta una mirada a las resoluciones del Consejo de Seguridad de la época para ver que Rusia coincidía con los deseos de Occidente en prácticamente todos los ámbitos, con la única excepción del Plan de Annan para desmantelar la República de Chipre a cambio de un acuerdo con Turquía, que Rusia vetó tras la petición de ayuda por parte del Gobierno de Nicosia¹⁹. En conjunto, Rusia era algo más que una fuerza confiable y amiga dentro de la comunidad internacional; era portadora de «una misión civilizadora en el continente euroasiático»²⁰. Con Medvédev, la política exterior rusa se inclinó aún más hacia Occidente. De conformidad con Washington, Moscú canceló la entrega a Teherán de sistemas de misiles S-300, que habrían dificultado los ataques aéreos israelíes o estadounidenses contra el país; votó una y otra vez en las Naciones Unidas las sanciones contra Irán requeridas por Estados Unidos; dio luz verde al bombardeo occidental de Libia; e incluso proporcionó un centro de transporte en Uliánovsk, junto al Volga, para las operaciones de la OTAN en Afganistán.

¹⁹ El inesperado veto fue recibido con incredulidad por el arquitecto británico del plan, el exembajador del Reino Unido ante la ONU Richard Hannay, quien exclamó que era «una vergüenza»: P. Anderson, *The New Old World*, Londres y Nueva York, 2009, p. 383 [ed. cast.: *El nuevo viejo mundo*, Madrid, 2014].

²⁰ V. Putin: Discurso a la Asamblea de la Federación Rusa, 25 de abril de 2005.

Había una nube, sin embargo, que desde el principio estorbó la búsqueda de buenas relaciones con Occidente. Rusia tenía un interés especial en el cinturón de los antiguos Estados soviéticos situados en su frontera sur, que a su entender sus socios euroestadounidenses debían reconocer. Esos territorios vecinos, que alguna vez habían formado parte del Imperio zarista, pertenecían, según la fórmula local, al «exterior próximo». Políticamente hablando, los países bálticos habían sido absorbidos por la OTAN y la UE y habían dejado de estar incluidos en ese concepto. A efectos prácticos, aunque por diferentes razones, las repúblicas de Asia Central también suponían una menor preocupación, siendo sus regímenes suficientemente similares al de Rusia como para mantener unas relaciones cómodas, aunque ahora estuvieran salpicados de bases estadounidenses por las necesidades comunes de la Guerra contra el Terror. La zona más sensible era la situada entre esos dos fragmentos desprendidos de la URSS, en la región que se extiende desde las costas occidentales del mar Caspio al bajo Danubio y que comprende las tres repúblicas de Transcaucasia, Ucrania y Moldavia.

Allí, el problema comenzó en Georgia, cuya frontera con Rusia cubre aproximadamente tres cuartas partes de sus fronteras en el Cáucaso. En 1992 el régimen de Shevardnadze había atacado Abjasia, una república de población muy heterogénea de mayoría suní circasiana, originalmente una de las repúblicas constitutivas de la URSS, más tarde anexionada a Georgia por Stalin y Beria en 1935, y que finalmente se había separado de ella cuando se disolvió la Unión Soviética. La resistencia abjasia, reuniendo a los combatientes voluntarios musulmanes de todo el Cáucaso septentrional –entre ellos, Shamil Basayev, el posterior dirigente insurgente checheno–, derrotó a la fuerza invasora georgiana, escapando por poco con vida el propio Shevardnadze²¹. Esta primera oleada de combates fue seguida por el ataque de Yeltsin contra Chechenia, derrotado en 1996. Tres años más tarde, un segundo ataque de Rusia bajo el mando de Putin aplastó la resistencia chechena, instalando el régimen clientelar de Kadyrov en Grozni.

Una década más tarde, lejos de haberse pacificado, prácticamente la totalidad del norte del Cáucaso por debajo del *krai* de Stavropol se había convertido de hecho en una zona de guerra: la rebelión –enarbolando ahora la bandera de un islam radicalizado contra el poder ruso

²¹ Véase Patrick Armstrong, «Enter the Memes», en Robert Bruce Ware (ed.), *The Fire Below: How the Caucasus Shaped Russia*, Londres, 2013, pp. 15-23.

y sus sicarios locales— se extendía desde Daguestán hasta Karachay-Cherkessia. Chechenia, golpeada por el desempleo masivo, la pobreza y la desigualdad, vaciada por la huida de su población rusa hasta el punto de que prácticamente había desaparecido el uso de la lengua rusa, había logrado bajo su brutal señor de la guerra una especie de independencia de facto sin secesión, mientras que en otros lugares las tropas y el dinero de Moscú apuntalaban gobernantes locales en cuya ejecutoria apenas interfería²². En la propia Rusia, la opinión pública estaba tan contrariada con respecto a la región que las encuestas mostraban que la mitad de la población estaba dispuesta a aceptar la secesión. Pero por salvaje que fuera la represión rusa, Occidente nunca ha dicho ni una palabra de reproche, desde los tiempos de Clinton y Blair hasta los de Obama y Merkel. La santidad de las fronteras proclamada por Yeltsin la amparaba.

Un poco más al sur las cosas iban de otro modo. En 2003 Shevardnadze, en otro tiempo mimado por Occidente por su papel en el desmoronamiento de la Unión Soviética, convertido para entonces en un fósil decrépito por la corrupción, fue derrocado después de amañar otras elecciones en Georgia. El régimen que le sucedió, liderado por Mijail Saakashvili, un antiguo miembro de su séquito, radicalizó aún más la actitud prooccidental de Tiflis. Siendo él mismo un abogado educado en Nueva York, que mantenía como principal asesor a un estadounidense incluido en la nómina de la USAID y, como cabildero en Washington, a un asistente de McCain, Saakashvili forjó fuertes lazos con Bush, dando la bienvenida a asesores y equipos militares de Washington y enviando tropas georgianas para colaborar en la ocupación de Iraq. En la propia Georgia procedió a reprimir a la oposición y a amañar las elecciones tal y como había hecho su predecesor. En el exterior, su objetivo principal, como lo había sido para Shevardnadze, fue la incorporación de Georgia a la OTAN. En 2008, en un exceso de confianza dictado por su respaldo en Occidente, lanzó un ataque contra Osetia del Sur, otro territorio alógeno asignado a Georgia a raíz de la Primera Guerra Mundial, que había declarado su independencia cuando desapareció la URSS. Rusia respondió con un contragolpe por el túnel que conecta Osetia del Sur con Osetia del Norte, una de sus posesiones en el Cáucaso al otro lado de las montañas, derrotando en poco tiempo al ejército georgiano y abriéndose camino

²² Domitila Sagramoso y Akhmet Yarlykapov, «Caucasian Crescent: Russia's Islamic Policies and Its Responses to Radicalization»; y Anna Matveeva, «The Northeastern Caucasus: Drifting Away from Russia», en R. Bruce Ware (ed.), *The Fire Below*, cit., pp. 67-69, 256-278.

hacia Tiflis. Después de asegurarse Osetia del Sur, no obstante, Moscú retiró sus tropas. Las capitales occidentales y los medios de comunicación denunciaron en un primer momento con vehemencia la supuesta agresión rusa, para enmudecer a continuación, sin retractarse, cuando se evidenció el origen del conflicto. Cuatro años más tarde, Saakashvili fue derrotado en las urnas, exiliándose a Estados Unidos para eludir las acusaciones de corrupción y mal gobierno acumuladas contra él.

Por el lado ruso, alentaban el conflicto dos preocupaciones: impedir que la OTAN rodeara Rusia desde el sur convirtiendo a Georgia en un trampolín de Occidente, como los sucesivos regímenes en Tiflis habían pretendido, y sellar su sistema de seguridad en el Cáucaso Norte, frente a la continua insurgencia armada, de eventuales problemas más al sur. En Occidente, por otro lado, los asesores estaban divididos sobre la conveniencia de ampliar la OTAN a Georgia, pero unidos en la condena de la presión rusa sobre ella, en la insistencia de que sus fronteras, sin importar cómo se hubiera llegado a ellas ni si correspondían o no a la realidad factible sobre el terreno, eran y debían permanecer inviolables. Para ambas partes, sin embargo, aunque asimétricamente –mucho más para Occidente que para Rusia–, el área en disputa era secundaria y no era tan trascendente lo que había en juego. Cuando el mismo choque de perspectivas se trasladó a Ucrania, no obstante, el resultado tenía que ser mucho más explosivo.

El resquebrajamiento de Ucrania

Allí no había diferencias culturales o históricas marcadas, como las que separaban de Rusia a Georgia –con su lengua iberocaucaásica, su escritura *mkhedruli* y el recuerdo de sus reinos medievales–, que dividieran a dos poblaciones eslavas asentadas en sus respectivas repúblicas de la época soviética. Ucrania, cuya población y territorio son diez veces mayores que los de Georgia, es incomparablemente más importante como Estado vecino. No solo es que sus lazos económicos y culturales con Rusia sean mucho más estrechos, sino que en la memoria política fue el principal campo de batalla de lo que los rusos siguen llamando Gran Guerra Patria de 1941-1945, el frente donde el Ejército Rojo lanzó sus primeras grandes contraofensivas contra la Wehrmacht. Cuando Yeltsin tomó el poder en Rusia, disolviendo la URSS, los dirigentes comunistas locales en Ucrania, como en otros lugares, siguieron su ejemplo abandonando el partido para aprovechar la oportunidad de convertirse en dueños de un Estado independiente. El nacionalismo ucraniano siempre había

sido fuerte en el oeste del país (Galitzia oriental), arrebatada por Stalin a Polonia en 1945, y en el referéndum de finales de 1991 una mayoría panregional de más del 90 por 100 votó por la independencia.

Aquella abrumadora mayoría, influida por la creencia de que con un clima y suelo mejores Ucrania sería más próspera que Rusia si se separaba de ella, resultaba desmesurada en relación con el grado de identidad nacional realmente existente. La independencia trajo todo lo contrario de lo esperado, un colapso de la economía más grave que el de la rusa bajo Yeltsin²³. La renta per cápita se redujo de 1.570 dólares en 1990 a 635 dólares en 2000. En esas condiciones, en las regiones industriales más afectadas pronto se dejó notar el arrepentimiento del comprador desilusionado. En 1994 el 47 por 100 de la población del sureste del país manifestaba que ahora votaría en contra de la independencia, y solo el 24 por 100 a favor²⁴. Con el tiempo esos sentimientos se calmaron al asentarse la adaptación al statu quo, aunque se mantenía una realidad económica penosa. En el momento de la independencia el nivel de vida ruso era el doble que el ucraniano, pero hoy es alrededor de tres veces mayor. Hasta el de Bielorrusia lo duplica.

Agravando dichas tensiones se hicieron cada vez más claras las profundas divisiones culturales del país: aunque la mayoría de la población aún hablaba ruso, el ucraniano se había convertido en lengua oficial; la zona más occidental polonizada desenterraba el nacionalismo ucraniano de extrema derecha de Dontsov y Bandera; el *rustbelt* oriental manifestaba su nostalgia del pasado soviético, y en las llanuras intermedias las simpatías se dividían a lo largo del Dniéper. Desde el principio, el sistema político era más abierto que en Rusia, no solo a causa de estas divisiones, sino también porque no se estableció un superpresidencialismo como el ruso, mientras que el Parlamento retenía los poderes legislativo y de control del ejecutivo. El saqueo de los bienes públicos, la corrupción masiva y los asesinatos por contrato eran equiparables a los de Rusia, pero como el Estado era mucho más débil, sin raíces profundas o tradiciones históricas de la época zarista o soviética, fue fácil presa de los clanes oligárquicos rivales, mientras que Berezovski o Jodorkovski no podían ni soñar en apoderarse del Kremlin. A los multimillonarios

²³ Andrew Wilson, *Ukrainian Nationalism in the 1990s: A Minority Faith*, Cambridge, 1997, pp. 128, 168-170.

²⁴ Véase Anatol Lieven, *Ukraine and Russia: A Fraternal Rivalry*, Washington DC, 1999, p. 46.

enfrentados entre sí, la diversidad regional y los conflictos culturales se añadieron tensiones geopolíticas, siendo el atractivo de la UE más fuerte al oeste del Dniéper y el de Rusia al este: Bruselas y Washington maniobraban para arrastrar al país en una dirección, y Moscú, en la otra. A lo largo de la división fluvial del país, los electorados estaban más o menos equilibrados, balanceándose el poder en Kiev de un lado a otro durante la primera década después de la independencia.

Derrota y atrincheramiento

En 2004, cuando llegaba a su fin el segundo mandato presidencial de Leonid Kuchma, corrupto y brutal incluso para los estándares locales, arrancó la carrera por la presidencia de quien era entonces su primer ministro, Víktor Yanukóvich, procedente de la provincia oriental de Donetsk, que en su juventud había pasado varios años en la cárcel por delitos menores, y que era a quien Kuchma prefería como sucesor, así como de uno de sus antiguos primeros ministros, el presidente del Banco Central Yúshchenko, aliado con Yulia Timoshenko, la más extravagante oligarca del país, quienes proponían entre otras cosas el ingreso de Ucrania en la OTAN. Alarmado ante la perspectiva de una victoria de Yúshchenko, Putin envió un equipo de asesores políticos para ayudar a su oponente y acudió personalmente a Kiev para participar en una serie de conferencias y entrevistas. Yanukóvich fue declarado vencedor en la segunda ronda de las elecciones tras un fraude flagrante organizado por los sicarios de Kuchma, lo que provocó un levantamiento cívico en Kiev –la Revolución Naranja–, que obligó a una nueva votación que Yúshchenko ganó por un amplio margen (51,9 por 100 frente al 44,2 de Yanukóvich). Para Putin, este fue el más grave revés de la década: un episodio que no solo emborronaba su expediente con Occidente, volcado en apoyo de los manifestantes, sino que establecía un peligroso ejemplo para consumo interno de protesta urbana victoriosa. Pero el terremoto pasó. Una breve suspensión del suministro de gas, para recordar a Ucrania su dependencia de la energía rusa, se resolvió con un opaco pacto interoligárquico, y los líderes de la Revolución Naranja pronto se enfrentaron entre sí, cayendo en picado su popularidad en medio de continuos escándalos. En otra oscilación del péndulo regional, cinco años más tarde Yanukóvich obtuvo la presidencia sin precisar un gran pucherazo.

Al igual que todos los políticos ucranianos desde Kuchma, una vez en el poder, Yanukóvich osciló entre Bruselas y Moscú, buscando la mejor oferta de cada uno sin enfurecer al otro. En 2009, cuando el PIB cayó nada menos que el 15 por 100 bajo el impacto de la crisis financiera mundial, se hizo urgente un salvavidas para la economía. En 2012 la UE presentó un preacuerdo de asociación para un área de libre comercio con Ucrania, mientras que el FMI ofrecía un préstamo de 15.000 millones de dólares condicionado a un programa de austeridad. Para bloquear la firma de esos acuerdos, Putin hizo en noviembre de 2013 una mejor oferta a corto plazo, que Yanukóvich aceptó en el último minuto. En Kiev estallaron protestas indignadas, aunque todavía muy débiles, por el rechazo de la mano tendida por Europa. Las muertes por disparos de francotiradores de la policía antidisturbios las transformaron en un asalto al régimen en el centro de la ciudad, mientras que los insurgentes lo hacían abortar en el oeste del país. Yanukóvich huyó presa del pánico, cayendo en el olvido. Estados Unidos se ofreció a supervisar la construcción de un régimen de reemplazo frente a sus enemigos en el Parlamento y en las calles. En Washington nunca se había perdido de vista la evolución del país: con Clinton, Ucrania fue el tercer mayor receptor de ayuda estadounidense en el mundo, después de Israel y Egipto; con Bush, proporcionó el cuarto mayor contingente de tropas para la ocupación estadounidense de Iraq²⁵.

Para Putin, aquel resultado fue una doble derrota muy amarga. No solo por que la motivación de la agitación en Kiev fuera el rechazo, alto y claro, de una propuesta rusa, sino que, lo que es peor, Ucrania quedaba ahora por primera vez bajo el alcance directo de la diplomacia y la inteligencia estadounidenses, lo que uno de sus embajadores recientes en la ONU calificó descaradamente como «supervisión adulta» por parte de Estados Unidos, flanqueado por la UE: justo lo que Rusia siempre había tratado de evitar. Para recuperarse cuanto podía de aquella humillación, Putin tomó represalias anexionándose Crimea. Dos tercios al menos de la población de la península eran rusoparlantes y habían sido trasladados a Ucrania por Jrushchov en 1954, naturalmente, sin ningún tipo de consulta popular, aunque aquello apenas supusiera ninguna alteración material dentro de la jurisdicción común de la Unión Soviética. Con Gorbachov se aprobó en referéndum la creación de la república

²⁵ Sobre esos datos, véanse respectivamente Andrew Wilson, *The Ukrainians: Unexpected Nation*, New Haven, 2002, p. 291, y *Ukraine's Orange Revolution*, New Haven, 2005, p. 95.

autónoma de Crimea, aceptada por Kiev un año más tarde, siendo elegido su primer presidente con un programa de unión con Rusia que debía aprobarse en un segundo referéndum, lo que llevó a Kuchma a poner la península bajo su mandato presidencial directo hasta encontrar sustitutos seguros.

Durante la década de 1990 el deterioro económico fue mayor en Crimea que en el resto de Ucrania, a falta de inversiones; pero a finales de siglo cesaron las movilizaciones en favor de la reunificación con Rusia, para la que parecía haber pocas posibilidades, aunque no creció el apego sentimental a Ucrania fuera de la minoría ucraniana. La aceptación del Gobierno de Kiev no era precisamente fervorosa, siendo demasiados los impedimentos para ello. Históricamente, Crimea no solo había sido territorio ruso desde mediados del siglo XVIII, sino que constituía un *lieu de mémoire* de especial intensidad, habiendo tenido lugar en ella no solo muchos episodios de su gran literatura, desde Pushkin a Tolstoi, Chéjov o Nabokov, sino también dos asedios épicos de Sebastopol en la Guerra de Crimea y en la Segunda Guerra Mundial, que conjuntamente habían segado 1,2 millones de vidas: más que todas las bajas estadounidenses en las dos guerras mundiales juntas²⁶. Su cesión a Ucrania por Jrushchov en 1954, arbitraria pero poco más que simbólica, se convirtió en una separación material de su pasado en 1992, esencialmente porque Yeltsin estaba decidido a desmantelar la URSS a toda velocidad para obtener el poder para sí mismo en la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) y no quería complicaciones con Kravchuk, jefe del partido en Ucrania y aliado suyo en este proyecto. Políticamente, la asignación de la península a Kiev no tenía mayor legitimidad.

Si la agitación en Crimea por la reunificación con Rusia perdió fuelle después de que Yeltsin la descartara, no fue únicamente porque Moscú desalentara cualquier movimiento en ese sentido como un estorbo para el gobernante que la había desdeñado, sino sobre todo porque en aquel momento Yeltsin estaba preparando su asalto a Chechenia en nombre de la integridad territorial de Rusia y no le convenía cuestionar las mismas prerrogativas a Ucrania. Como se quejó amargamente Solzhnitsyn: «Sin el sangriento plan de la guerra en Chechenia, Moscú podría (¿tal vez...?) haber encontrado el valor y el peso para apoyar las demandas legales de los crimeos en los años de crisis aguda en la península (cuando el 80 por 100 de su población votó por la independencia).

²⁶ A. Lieven, *Ukraine and Russia*, cit., p. 127.

Pero debido a Chechenia, las esperanzas de Crimea quedaron enmudecidas y traicionadas»²⁷. Veinte años después, cuando ya se acercaba la crisis de finales de 2013, no existía realmente una gran presión popular en favor de la reunificación: más bien, como en el resto de la antigua Unión Soviética, el estado de ánimo general de la población de la península era de una pasividad despolitizada, aunque teñida de resentimiento por su abandono frente a los belicosos oligarcas de Kiev, ninguno de cuyos clanes tenía raíces ni grandes intereses en Crimea.

Una vez que Yanukóvich –que tres años antes había obtenido el 78 por 100 de los votos en Crimea– fue derrocado, sin embargo, la turbulencia se incrementó rápidamente. En marzo, bajo el acoso de bandas irredentistas, el Parlamento de Crimea aprobó a toda prisa una resolución sobre la reunificación, y pocos días después las tropas rusas, muchas de ellas ya estacionadas allí, habían tomado el control. Las guarniciones ucranianas no opusieron resistencia. Un referéndum ofreció a los pocos días una exagerada mayoría del 95 por 100 de los votos en favor de la reunificación, con un 83 por 100 de participación, transformando el indudable apoyo de los dos tercios rusos de la población en un triunfo aplastante. Dos meses después llegó Putin desde Moscú para celebrar el regreso de la península a la madre patria. En las capitales occidentales la protesta fue unánime: una anexión como aquella era una violación sin precedentes del derecho internacional, que desgarraba el mapa de Europa como si el mundo siguiera viviendo en el siglo XIX o en la época de los dictadores modernos. Nunca sería tolerada. En Rusia, el entusiasmo era igualmente unánime: ¿qué patriota no iba a aplaudir la restitución de tal símbolo de la nación a su legítimo dueño? La popularidad de Putin, que había caído a su punto más bajo –un sustancial 61 por 100– en diciembre de 2013, volvió a subir hasta el 83 por 100 en la primavera.

Estratégicamente, la operación de Crimea fue un tajo limpio sin combate, aclamado por la población local. Pero ideológicamente era incontenible. En el cinturón oriental rusohablante de Ucrania, que no se había incorporado a ella hasta la época soviética, tuvo como efecto un aliento a la agitación secesionista, no controlada ni desaprobada públicamente por Moscú, pero inflamada por las chillonas diatribas de la televisión rusa contra las nuevas autoridades de Kiev, presentadas como una junta fascista. En abril, la mayor parte de la región comprendida entre Donetsk y Lugansk pasó a manos de una milicia armada debidamente camuflada,

²⁷ A. Solzhenitsyn, *Rossiya v obvale*, Moscú, 1998, p. 81.

mientras la policía local se mantenía a la espera. En mayo se organizaron referendos –repudiados por Moscú– para la unificación con Rusia, mientras que en el resto de Ucrania se ponía en marcha la campaña por la presidencia que había dejado vacante Yanukóvich, en la que resultó fácilmente triunfador otro oligarca, el multimillonario magnate del sector de la pastelería Petro Poroshenko, que ya había formado parte de los regímenes de Yúshchenko y Yanukóvich²⁸.

En cuanto Poroshenko se instaló como presidente en Kiev, lanzó una ofensiva militar contra los rebeldes del Donbás, etiquetados como terroristas para ganarse el apoyo occidental. Bajo la guía de asesores militares y de inteligencia estadounidenses, el ejército ucraniano y bandas paramilitares, con apoyo de artillería pesada, avanzaron contra los desharrapados irregulares que desde la frontera con Rusia eran abastecidos de armas y hombres, hasta que se llegó a un punto muerto; pero antes de que aquella guerra civil de baja intensidad se detuviera, un misil suministrado a los irregulares por los rusos había derribado un avión civil que sobrevolaba la zona de conflicto. En su denuncia de ese «atropello incalificable», Obama llamó a Occidente a una acción conjunta contra Rusia. Se intensificaron las sanciones económicas contra sus sectores financiero y de defensa. Ni se mencionaba que Estados Unidos había derribado un avión civil con una cifra prácticamente idéntica de muertos, sin siquiera pedir disculpas por un error garrafal prácticamente idéntico; la línea aérea era iraní, el capitán del *Vincennes* había actuado de buena fe, así que ¿a qué miembro de la «comunidad internacional» se le podía ocurrir recordarlo, y menos aún mencionarlo? ¿También era inconcebible la anexión de Crimea? ¿Alguien ha oído hablar de las ocupaciones de Jerusalén Este, Norte de Chipre, Sáhara Occidental o Timor Oriental, realizadas sin reproche por Gobiernos amigos y festejadas en Washington?²⁹ ¿Qué importa si en todos estos casos la anexión ahogó en sangre la autodeterminación de los habitantes en lugar de aceptarla sin pérdida de vidas humanas? Estas consideraciones parecen no venir al caso, ya que supondrían que el poder que administra el derecho internacional pudiera estar sometido a él.

²⁸ Secretario del Consejo de Seguridad y Defensa y ministro de Asuntos Exteriores con Yúshchenko, y ministro de Economía con Yanukóvich: véase, sobre sus antecedentes políticos y su imperio, Slawomir Matuszak, *The Oligarchic Democracy: The Influence of Business Groups on Ukrainian Politics*, Varsovia, 2012, pp. 28, 57, 108-110.

²⁹ Véase Susan Watkins, «Annexations», *NLR* 86, marzo-abril de 2014, pp. 5-11 [ed. cast.: *NLR* 86, mayo-junio de 2014, pp. 5-8].

Errores de cálculo

Ucrania, un Estado débil y dividido con un territorio muy extenso, ofrecía un ejemplo clásico de vacío de poder, donde fuerzas externas de magnitud superior se enfrentaban en una lucha por la supremacía. Para Rusia, Ucrania era mucho más importante, por razones tanto históricas como estratégicas, y menos para Occidente; pero de los dos rivales, este era el más fuerte. La ampliación de la UE y la OTAN para incorporar a Ucrania, extendiendo más al sur el cerco de Rusia tras el final de la Guerra Fría, no podía sino provocar un reflejo defensivo en Moscú. Pero la torpeza y la inconsecuencia de la línea estratégica de Putin no estaban predestinadas: derivaban de dos errores de cálculo fundamentales, uno local y otro global. El primero de ellos fue la subestimación del sentimiento nacional ucraniano. Las elites rusas, que observaban con desprecio las querellas entre los oligarcas en Kiev y los antagonismos regionales dentro del país, no supieron percibir el hecho acostumbrado de que la condición estatal –como testifica cualquier excolonia africana– cristaliza la identidad nacional, por débil o poco propicia que pueda ser su situación inicial. La altanería y las baladronadas de Moscú tendían inevitablemente a reforzarla en vez de debilitarla, avivando y repudiando a la vez el irredentismo en el Donbás e impulsando al país a caer en lo que Rusia más temía.

El error de cálculo local era cínico, y el global, ingenuo. La creencia de Putin de que podía construir un capitalismo ruso estructuralmente interconectado con el de Occidente, pero funcionalmente independiente de él –un depredador entre depredadores, capaz sin embargo de desafiar a sus rivales–, fue siempre una ilusión ingenua. Al arrojar a Rusia abiertamente a los mercados de capital occidentales, como deseaba y proponía su equipo económico neoliberal, con la esperanza de beneficiarse de la competencia con ellos, no podía evitar que cayera prisionera de un sistema mucho más poderoso, a cuya merced estaría si alguna vez se llegaba a un conflicto. En 2008-2009 la crisis de Wall Street ya había demostrado la vulnerabilidad de Rusia frente a las fluctuaciones del crédito occidental, y sus consecuencias políticas. Tal como comentaba con satisfacción un banquero local, una vez privada de su superávit por cuenta corriente, «los inversores extranjeros podrán influir sobre las decisiones que se toman en Rusia, lo que es un signo esperanzador» de la presión que acabará ejerciéndose sobre Putin a favor de la

privatización³⁰. Esa era la lógica objetiva de la imbricación económica incluso antes de las movilizaciones del Maidán. Una vez que se produjo la colisión geopolítica sobre Ucrania, las palancas en manos de Occidente podían causar potencialmente grandes estragos en Rusia. Las sanciones, dirigidas inicialmente solo contra ciertos individuos, se generalizaron pronto, golpeando a todo el sector financiero ruso en el verano de 2014.

A continuación llegó la cuarta crisis, potencialmente la más peligrosa para el régimen, con el colapso del precio del petróleo en otoño. Si todavía era de 109 dólares por barril en el primer semestre del año, al finalizar este había caído hasta 50 dólares el barril, lo que desencadenó el pánico monetario, la fuga de capitales y un ascenso meteórico de los tipos de interés. Aunque Rusia todavía goza de superávit por cuenta corriente, la deuda en bonos corporativos ya supera las reservas, al tiempo que ha llegado una recesión en toda regla: el PIB se contraerá hasta un 5 por 100 en 2015. Dado que el Estado depende del sector energético en más de la mitad de sus ingresos, la capacidad de Putin para distribuir beneficios materiales con los que prolongar el apoyo popular al régimen se va a ver recortada drásticamente. No está del todo claro hasta qué punto la decisión de Arabia Saudí de reducir el precio del petróleo fue coordinada con Washington, como en la época de Reagan, en parte para presionar a Moscú. Quizá no fuera así, pero fue un regalo del cielo, dado que de facto actuó como una supersanción sin agotar con ello el arsenal de potenciales armas adicionales a disposición de Occidente. La expulsión del sistema Swift de pagos bancarios internacionales, observaba un comentarista, había tenido un efecto devastador en Irán, y «hacer lo mismo con Rusia provocaría el caos en Moscú a corto plazo». Aun sin llegar tan lejos, las sanciones ya aprobadas estaban apartando a sus bancos públicos de los mercados mundiales de capital: «Siendo el dólar y el euro las dos principales monedas de transacción, Occidente puede generar una gran inestabilidad financiera en Rusia con solo apretar un botón»³¹.

³⁰ Véase Charles Clover, «Russia's Economy: Unsustainable Support», *Financial Times*, 21 de marzo de 2012.

³¹ Gideon Rachman, «The swift way to get Putin to scale back his ambitions», y Wolfgang Münchau, «Europe needs to play the long game on sanctions», *Financial Times*, 12 de mayo y 23 de mayo de 2014.

2. ¿RECURSOS?

Ideológicamente hablando, el estallido del conflicto ucraniano nos ha devuelto a la atmósfera de la Guerra Fría. En Rusia, la entrega del paquete estándar podría verse detenida o demorada por un tiempo, pero aún se mueve en la dirección correcta, y Occidente podría optar por la visión a largo plazo y rebajar la tensión. El incumplimiento de los compromisos en el extranjero es otra cosa. En eso, la comunidad internacional no admite componendas. Una vez que Rusia se apoderó de la península de Crimea, la tolerancia, incluso de los observadores más optimistas del Gobierno de Putin, se quebró. Treisman, por ejemplo, juzgaba que al detonar «la crisis más peligrosa que Europa ha visto en las últimas décadas, Putin ha abandonado la estrategia que ha asegurado su dominio político durante los últimos catorce años»³², basada en la subida del nivel de vida de la población aprovechando los favorables precios de la energía, pero también las «cordiales relaciones con los círculos económicos occidentales» así como la entrada en la OMC y la OCDE. La caída de la tasa de crecimiento desde 2009 había requerido una financiación deficitaria para proteger a los consumidores frente a los efectos de la crisis económica. En estas condiciones adversas, enfrentarse a la comunidad internacional con una aventura exterior imprudente significaba correr el riesgo de una debacle: «Ha apostado el trono en un lance del que puede salir derrotado». La pérdida de la clase media habituada a Internet era una señal de peligro, pero siempre y cuando las masas por debajo de ella quedaran atendidas, el régimen podría perdurar. La pérdida de los banqueros y grandes empresarios del país, de quienes depende su cohesión económica, era otra cosa: su apoyo es vital para el sistema político. No había manera de que elites como esas contemplaran con tranquilidad las sanciones: su fortuna estaba en riesgo frente a cualquier interrupción de las relaciones con Occidente. ¿Podía Putin permitirse el lujo de perder su apoyo?

Según todas las apariencias, se ve atrapado en un dilema, porque con la recuperación de Crimea y la guerra civil en el Donbás, el motor ideológico tras su regreso a la presidencia ha ido a toda marcha, más allá de su control del mismo. Después de haber movilizad las emociones populares del nacionalismo ruso para su reelección, y de haberlas intensificado con su desafío a Occidente por Ucrania, ¿puede Putin permitirse ahora

³² D. Treisman, «Watching Putin in Moscow», *Foreign Affairs*, 5 de marzo de 2014.

el lujo de humillarlas arrojándose frente a las sanciones? Pero para que el régimen pudiera capear un bloqueo como el de Irán, o incluso una versión más suave, tendría que optar por un viraje autárquico, retrocediendo hacia una economía dirigida de estilo soviético. Y aceptar la tutela de Estados Unidos y la UE sobre Ucrania y renunciar a Crimea supondría suscribir una moderna Paz de Brest-Litovsk. Regresión o humillación: esas parecen ser las alternativas en los términos del sistema que Putin ha construido. El régimen tratará sin duda de sortearlas mediante la combinación *sub rosa* de la conciliación con Occidente – minimización de las represalias contra las sanciones; cooperación con la cuarentena de Irán; ayuda a la contrainsurgencia en Afganistán–, con bravatas retóricas de coraje nacional para el consumo interno. Queda por ver hasta qué punto puede mantener su credibilidad en el país semejante curso. Los faroles pueden funcionar en política, como en la guerra, pero rara vez por mucho tiempo.

Neopietismo

En este caso, el aguante del reto depende en buena medida de la amplitud y profundidad del sentimiento nacionalista en la Rusia poscomunista. La escena cultural, alta y baja, está sin duda saturada de grados variados de nostalgia por el pasado imperial y clerical, ocupando un lugar de honor el culto de la Iglesia ortodoxa, como única institución del país que ha mantenido una existencia continua, por dudosa que fuera políticamente, desde los tiempos zaristas. Yeltsin devolvió gran parte de sus propiedades prerrevolucionarias a la Iglesia, con lo que volvió a ser una institución opulenta con unos ochocientos monasterios, seis cadenas de radio, dos canales de televisión y una presencia destacada en todas las ceremonias estatales de importancia. Putin, orgulloso de mostrar un crucifijo de aluminio en su pecho, asegura ser un devoto cristiano, que ha contribuido personalmente a la reunificación de las Iglesias ortodoxas en la diáspora y en el país, distanciadas durante la Guerra Fría, y a menudo lleva consigo al patriarca en sus viajes al extranjero. Oficialmente, al igual que la Federación Rusa es un Estado multiétnico, aunque enfáticamente no multicultural, la Iglesia y el Estado están separados en Rusia, donde todas las religiones –la ortodoxa, el islam, el budismo, el judaísmo– son iguales ante la ley, sin preferencia por ninguna, cuando en realidad las autoridades locales en Moscú podrían prohibir como una provocación un cartel que simplemente reprodujera esta cláusula de la Constitución. El nexo ideológico entre país, Estado y religión es una sola fe. Para Putin,

la religión ortodoxa es «la tradición que moldea» Rusia. Para el patriarca Alexei II, «solo sobre la base de la religión ortodoxa puede recuperar la patria su magnificencia». El himno nacional, reescrito en 2000, recoge una fórmula de la liturgia ortodoxa que proclama a Rusia «tierra nativa protegida por Dios»³³.

El impacto de este renacimiento de la Iglesia en la cultura en general es otra cuestión, pero está claro que no es marginal. El autor del título más vendido de 2012 fue el archimandrita Tijon Shevkunov, un íntimo de Putin y productor de un popular documental televisivo que relata la caída de Bizancio bajo la influencia moral corrosiva de Occidente. De sus *Santos cotidianos* —«cuentos simples y luminosos de cristianos corrientes»— se vendieron más de un millón de copias en un año. No todo el mundo estaba fascinado: para indignación de sus admiradores, no ganó el equivalente al Premio Booker del país. Pero dentro de la propia intelectualidad, en un registro u otro —por lo general, aunque no siempre, en los más altos—, la religión está en boga. El cine ruso ofrece algunos de los ejemplos más llamativos del mestizaje entre el retronacionalismo y el neopietismo al servicio del régimen. En lo más alto de la taquilla, mezclando espectáculo comercial y pretensiones culturales, está Nikita Mijalkov, el Steven Spielberg del país. En otro tiempo caríátide del *establishment* cultural soviético, tras la caída de la URSS anunció rápidamente su conversión al cristianismo; obtuvo financiación oficial para su éxito de taquilla patriótico *El barbero de Siberia*, en el que él mismo representaba a un imponente Alejandro III; luego pasó a narraciones sensibleras sobre los generales blancos de la Guerra Civil; y en 2005 produjo un retrato adulador de Putin para la celebración de su 55 cumpleaños, mostrándolo como un santo político en los últimos tiempos, aunque no desde luego todos los días³⁴.

³³ Con respecto a todo esto, véase el penetrante estudio de Geraldine Fagan, *Believing in Russia: Religious Policy after Communism*, Londres y Nueva York, 2013, pp. 34-35, 195-200, 24-25, que comenta: «En el cambiante mundo de la política postsoviética, donde la legitimidad (o su apariencia) lo es todo, la Iglesia es, pues, capaz de cumplir una función de sacralización esencial para la elite gobernante» (p. 33).

³⁴ Sobre el programa televisivo 55, véase Stephen Norris, «Family, Fatherland, and Faith: The Power of Nikita Mikhalkov's Celebrity», acompañado por el análisis de la iconografía ornamental de Putin en Helena Goscilo, «The Ultimate Celebrity: VVP as VIP *objet d'art*», ambos artículos incluidos en Helen Goscilo y Vlad Strukov (eds.), *Celebrity and Glamour in Contemporary Russia: Shocking Chic*, Londres y Nueva York, 2010, pp. 120-121, 29-55.

En el extremo más austero del espectro, donde se hacen pocas concesiones al gusto o la comprensión popular, el cine de Alexander Sokurov –ampliamente considerado como el mejor director ruso– mezcla la necrofilia y el misticismo con homenajes a la corrección política del momento. Después de iconos reverentes de Yeltsin y sobrecogedores bestiarios de Hitler y Lenin, llegó un retrato brillante de Hirohito como encarnación sosegada de la dignidad imperial que emerge de su palacio para recibir el respeto paternal de MacArthur (Sokurov opina que Japón, después de todo, tenía que expandirse a China). Le siguió una serie de celebridades del pasado zarista, dando a entender que si todavía se podía salvar la cultura europea, sería en el Arca de Noé de la Patria, que culminó con una apología sentimental de la guerra en Chechenia, *Alexandra*, protagonizada por la antigua diva Galina Vishnevskaya –«zarina» para Sokurov– en el papel de una abuelita que recomienda a un mozalbete checheno «pedir a Dios inteligencia», en lugar de andar mascullando sobre la independencia. Esta parábola chovinista le proporcionó a Sokurov una audiencia con Putin y el respaldo pródigo del Estado para su siguiente aventura, una versión fantasmagórica del *Fausto* de Goethe³⁵.

Los mejores directores jóvenes son menos dados a este tipo de acomodación al poder; pero incluso un *auteur* tan independiente como Andrei Zvyagintsev, que no simpatiza con el régimen, ha sentido la necesidad de confesar la fe cristiana que late bajo su éxito, *El retorno*, y de arrojar su reciente ataque a la corrupción oficial, tanto eclesiástica como estatal, *Leviatán*, con una indumentaria bíblica como si se tratara de un moderno *Libro de Job*. Más abajo, hay pocas profundidades que el cine ruso temporal no haya sondeado. Entre los grandes éxitos cabe mencionar *La isla*, de Pavel Lungin –la historia de un monje arrepentido que, después de salvar la vida sometiéndose a los nazis durante la guerra, se ha hecho tan santo que la propia naturaleza suspende sus leyes en su presencia–; *El almirante* presenta al general blanco Kolchak, en su momento pretendido «gobernante supremo de Rusia», en un *non plus ultra* de sensiblería, como un tierno amante ejecutado por los bolcheviques, cuyo cadáver se hunde formando una cruz en el hielo de Siberia; y *El milagro*, del guionista de Sokurov Yuri Arabov, es la «verdadera historia» de una joven que se deshace de los iconos de su madre, exceptuando

³⁵ Jeremi Szaniawski, *The Cinema of Alexander Sokurov: Figures of Paradox*, Londres y Nueva York, 2014, una lectura homoerótica del director que se debate denodadamente entre la admiración y la consternación ante este bloque de su trabajo.

el de san Nicolás, con el que acude a una fiesta libertina en la que baila llevándolo agarrado y queda paralizada por su impiedad, hasta que meses más tarde llega Jrushchov y da su permiso a regañadientes para que se realice un exorcismo que la libera, murmurando mientras vuela de regreso a Moscú: «Un milagro, ¡qué belleza!; es como el vuelo de un ángel». El sumidero cultural de este tipo de cine ruso hace que hasta las peores películas de la era soviética parezcan estimables.

Los libros cuestan y rinden menos dinero que las películas, exponiendo a los escritores a menos tentaciones. En los mítines de la oposición en Moscú aparecen escritores conocidos de diferentes tipos, desde el millonario del *pulp-fiction* Boris Akunin –un espécimen refinado del retrato de Pelevin de un intelectual dedicado a la autopromoción en *Generación P*– hasta el poeta Dimitri Bikov, para quien todo lo que era aborrecible en el sistema soviético se ha mantenido, salvo las fronteras cerradas, y todo lo que era más o menos decente –la educación, los impulsos humanitarios e internacionalistas, el anticlericalismo o el simple agnosticismo– se ha difuminado³⁶. El peso específico de la literatura en la cultura en general ha caído drásticamente: una revista literaria como *Novy Mir*, que antes vendía tres millones de ejemplares, ha visto su tirada reducida a tres mil. Pero al ala científica y técnica de la intelectualidad no le ha ido mucho mejor. «A pesar de habernos apoyado en 1991 la mayoría de ellos no obtuvieron nada de nuestras reformas», comentó Chubais en un momento de descuido³⁷. La presión económica y la decepción política han dejado una desmoralización prolongada que se inclina, una vez más en la historia moderna del país, a buscar una compensación espiritual. Cabe dudar de lo sincero que pueda ser el vuelco a la religión, ya sea en el ámbito popular o culto. Como en Estados Unidos, en Rusia el altar no es rival para el centro comercial, donde Dios no es más que otro accesorio. Entre 1990 y 1992, el número de rusos que decían ser creyentes saltó de repente del 29 al 40 por 100, en un milagro de oportuna conversión en masa. Hoy día, si bien el 70 por 100 se declara ortodoxo, apenas llega al 3 por 100 la proporción de los que asisten al servicio de Pascua, y la fe en la astrología supera con mucho a la creencia en la resurrección. El cojín religioso del régimen es, pues, muy delgado.

³⁶ Maria Litovskya, «The Function of the Soviet Experience in Post-Soviet Discourse», en Birgit Beumers (ed.), *Russia's New Fin de Siècle: Contemporary Culture Between Past and Present*, Bristol y Chicago, 2013, pp. 26-27.

³⁷ Véase *The Economist*, 13 de marzo de 2010.

Imperio y nación

Otras fuentes del sentimiento nacional, aunque irregulares, son más profundas. Históricamente, sus inmensas llanuras, su economía atrasada y un campesinado empobrecido hicieron a Rusia –sin fronteras naturales, protegida únicamente por el tamaño y el clima– continuamente vulnerable a la invasión desde Occidente, acometida por los polacos en el siglo XVII, los suecos en el XVIII, los franceses en el XIX y los alemanes en el XX. Como respuesta se fue articulando, cada vez con mayor coste en la movilización y mayor gasto de recursos materiales y humanos, un Estado autocrático progresivamente más poderoso, con su propia dinámica expansionista, capaz de repeler esos ataques. Hacia el este, la estepa y la tundra escasamente habitadas por tribus de cazadores-recolectores fueron colonizadas hasta el Pacífico, en un desplazamiento que prefiguraba la expansión de los colonos americanos hasta su otra orilla dos siglos más tarde. Hacia el sur, la absorción de Ucrania y el Cáucaso llevó a los rusos hasta el mar Negro; al norte, arrebataron a los suecos las colonias asentadas en el litoral del Báltico, tras lo que conquistaron buena parte de Polonia y la mayor parte de Asia Central. Durante trescientos años se fue desarrollando así el único imperio premoderno fuera de Europa que nunca sucumbió a Occidente, como sí sucedió con sus homólogos en el Cercano Oriente, el subcontinente indio y el Lejano Oriente³⁸. Mientras que el resto de los imperios trató de adoptar los avances militares y burocráticos de Occidente para resistir mejor su avance, la Rusia zarista fue la única en lograrlo –quizá porque tuvo que empezar mucho antes, al tener mucho más cerca el peligro–, no solo preservando su autonomía, sino convirtiéndose por un tiempo en la principal potencia de la Europa continental.

La Revolución Industrial puso fin a esta historia triunfal. Derrotada por Gran Bretaña y Francia en la Guerra de Crimea, por Japón en Manchuria, y finalmente por Alemania en la Primera Guerra Mundial, la Rusia imperial fue batida en los campos de batalla de la guerra moderna, y la monarquía de los Romanov se derrumbó. Pero mientras que los Imperios de los Habsburgo y otomano se disolvieron poco después de la derrota, la Revolución de Octubre mantuvo unidos casi todos los territorios gobernados por los zares en la recién nacida Unión Soviética. El nuevo Estado incorporó a toda velocidad la industrialización que el zarismo había

³⁸ Tema tratado pertinentemente por Marshall Poe, *The Russian Moment in World History*, Princeton, 2006, pp. 47-49 y ss.

desaprovechado, y cuando llegó la invasión nazi, derrotó a la Wehrmacht con una fuerza militar superior, llevando los ejércitos rusos hasta el corazón de Europa como a principios del siglo XIX, y logrando esta vez el control prolongado de la mitad del continente. A pesar de las enormes pérdidas durante la guerra, una mayor industrialización le permitió obtener a marchas forzadas la más avanzada y destructiva de todas las armas, llegando a la paridad nuclear con Estados Unidos al cabo de tres décadas y convirtiéndose en la segunda superpotencia mundial.

Esta concatenación de éxitos geopolíticos descansaba sobre dos bases sociales muy distintas. El sistema zarista comprendía una autocracia dinástica, una nobleza de servicio y –durante la mayor parte de su existencia– una masa de siervos campesinos, que constituía la mayoría de la población. El sistema soviético destruyó la monarquía, la aristocracia e incluso, con el tiempo, al campesinado como clase social predominante, instalando el dominio de un partido dictatorial sobre una población trabajadora recién urbanizada. Esas sociedades antitéticas presentaban configuraciones culturales opuestas. Bajo el zarismo, las elites y las masas vivían en distintos mundos: la nobleza, cada vez más cultivada e incluso cosmopolita, se imponía a campesinos analfabetos como sus amos distantes, con poca o ninguna mediación existencial entre los dos: la Iglesia ortodoxa, apéndice corrupto del Estado, y una intelectualidad populista que trataba sin éxito de penetrar ideológicamente en las aldeas. Bajo el estalinismo, los trabajadores fueron educados y los cuadros, proletarizados, produciendo una uniformización cultural [*Gleichschaltung*] de la población, junto con una intelectualidad numéricamente mayor, aunque más domeñada.

En un aspecto crítico, sin embargo, había una homología entre los horizontes culturales generados por los dos sistemas. En ambos, el imperio tenía prioridad sobre la nación. La Rusia imperial, que se desarrolló a partir de lo que en la baja Edad Media había sido el principado de Moscovia, era un Estado dirigido por una elite de composición multiétnica y lealtad dinástica. El propio término «Rusia» fue inventado por Pedro el Grande. En el siglo XVII, solo una tercera parte de los altos funcionarios eran rusos; en los dos siglos siguientes, dos quintos seguían siendo no rusos, la mitad de ellos alemanes. Al final, los rusos no eran siquiera la mayoría de la población. Sin embargo, el imperio gobernado por los zares, aunque cronológicamente anterior a la aparición del Estado-nación como forma modal en Europa, nunca fue tan *apátrida* como el de los Habsburgo

o el otomano. A escala popular, existía un sentido protonacional de la identidad, capaz de movilizar a la «Santa Rus» contra las incursiones polacas durante los Tiempos Turbios, de alimentar el rechazo sectario de la innovación teológica como apostasía extranjera y, en su momento, de aportar material mitográfico a las denuncias eslavófilas de Occidente y su imitación por un zarismo burocrático³⁹. Finalmente, a finales del siglo XIX, surgió un nacionalismo étnico ruso estridente, pero en ausencia de una alfabetización significativa o de una pequeña burguesía sustancial, su influencia era limitada. El régimen imperial recurrió ocasionalmente a su agitación táctica como profiláctico contra la subversión revolucionaria, pero como suponía un peligro evidente para la unidad del reino, los gobernantes nunca le dieron un *placet* formal. Rusia era un imperio compuesto de muchos pueblos, no una nación formada por uno solo.

El Estado soviético, territorialmente heredero del zarista –menos Finlandia, Polonia y las provincias bálticas–, desde su nacimiento rompió con él ideológicamente. El Imperio fue denunciado como sinónimo de opresión, y el nacionalismo ruso, atacado de arriba abajo. Tanto antes como después de la Revolución de Octubre, Lenin denunció el chovinismo granruso como la principal amenaza para la igualdad y solidaridad de los pueblos unidos en la URSS. Pero el internacionalismo bolchevique no emergió ileso de la guerra civil, cuando las consideraciones estratégicas –la defensa de la revolución– se impusieron sobre las consideraciones y susceptibilidades locales para asegurar la supremacía del Ejército Rojo en el Cáucaso y Asia Central, aunque normalmente contara con el apoyo de las minorías concernidas. En su lecho de muerte, Lenin advirtió del persistente peligro del chovinismo granruso que acabó acaudillando Stalin.

Durante treinta años el régimen de Stalin dejó intacta la estructura constitucional de la URSS como se había esbozado en 1922. Pero, urgido por la necesidad, durante la Gran Guerra Patria apeló abiertamente a los iconos y las tradiciones populares de la identidad nacional rusa; y cuando, tras la guerra, surgió la oportunidad, no dudó en extender el dominio de Moscú a los territorios que fueron posesión de los zares y a los que los bolcheviques habían renunciado. Sin embargo, el Imperio nunca fue reivindicado formalmente, ni se le dio vía libre a la autoafirmación

³⁹ Véase especialmente Geoffrey Hosking, *Empire and Nation in Russian History*, Waco 1993, pp. 7-12; «The Russian National Myth Repudiated», en Geoffrey Hosking y George Schöpflin, *Myths and Nationhood*, Londres, 1997, pp. 198-210.

de la nacionalidad dominante en la Unión. La rusificación dio lugar a una *lingua franca* en las repúblicas periféricas, pero fue acompañada de un fomento de las culturas y de los cuadros locales, que finalmente escaparon al control del centro, en el funcionamiento no previsto de un «imperio de acción afirmativa»⁴⁰; mientras que en el centro, recíprocamente, la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) –tácitamente identificada con los niveles de poder de toda la Unión– se vio privada de su propio partido, de la academia y de las instituciones republicanas de otro tipo.

Para los rusos, el resultado fue una réplica de la identidad escindida de tiempos de los Romanov. En ambos sistemas, zarista y soviético, la nación quedó subsumida dentro de un orden de valores que la trascendía. Bajo los toldos ideológicos, primero, de la Autocracia, Ortodoxia, Integridad Popular (*Narodnost'*, que no equivale exactamente a «nacionalidad»), y luego del Internacionalismo Proletario, Rusia existía como una comunidad etnocultural entre otras, siempre la más sobresaliente, pero nunca políticamente autónoma. En cada uno de ellos se le habían cortado las alas a la conciencia nacional. Entre rusos educados de finales del periodo zarista, por otra parte, las definiciones de la nación no solo eran limitadas desde arriba, sino también sometidas a una presión lateral. Frente a la expansión de las potencias industrializadas de Occidente, cada sociedad extraeuropea importante arrostraba el dilema de cómo evitar la subyugación. ¿Residía la única esperanza de supervivencia en una rápida emulación o esa era simplemente una vía hacia la autodestrucción, de cuyos peligros solo podía salvar a la nación el redescubrimiento de las fuentes más profundas de la tradición autóctona, debidamente purificada? Ese dilema, en todo caso, se hizo especialmente agudo en Rusia por dos razones. El avance occidental, como promesa o como amenaza, se alzaba geográficamente muy cerca; y para afrontarlo los recursos heredados eran históricamente escasos, en comparación con los potencialmente disponibles en países más distantes como China, India o Japón⁴¹. El resultado fue una tensión mayor que en otros lugares, una ambivalencia constitutiva volcada en una polarización clásica. En Rusia, el conflicto entre eslavófilos y *zapadniks* estableció el patrón que se iba a reproducir en otras sociedades expuestas a los efectos de la

⁴⁰ Expresión introducida por Terry Martin: *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*, Ithaca (NY), 2001.

⁴¹ La cuestión es bien tratada por Dominic Lieven, *Empire: The Russian Empire and its Rivals*, Londres, 2002, pp. 228-229.

expansión capitalista occidental, pero de forma más aguda y sostenida –durante medio siglo– que en ninguna otra.

De esta tensión nació una alta cultura asombrosa, la creación de la primera *intelligentsia* de la historia consciente de sí misma como tal. Escritores, pensadores, pintores y músicos rusos forjaron una hazaña nacional que iba a ser la admiración de Europa. Pero el esplendor de aquella cultura no podía desempeñar un papel integrador en una sociedad en la que a principios del siglo xx el 80 por 100 de la población era analfabeta. El Estado-nación y su ciudadanía, con derechos para todos y escolarización general, estaban ausentes, al igual que las interconexiones de una división del trabajo moderna. En su ausencia, la idea de Rusia adquirió una intensidad descomunal, como si pudiera sustituir a los bloques institucionales normales de la nacionalidad⁴². El resultado fue dar un toque mesiánico a las definiciones de la nación, sobre la base de doctrinas monacales de la Tercera Roma, evocaciones populares de la Santa Rus y tpos del alma eslava que la proclamaban portadora de una misión universal capaz de redimir un mundo materialista caído en desgracia con una idea más elevada de la verdad y la justicia que era su don particular. Las concepciones de este tipo –Dostoyevski las ejemplifica prolijamente– nunca fueron moneda corriente entre los intelectuales, pero constituyeron el rasgo más distintivo del depósito de valores nacionales, una hipomanía ideológica que compensaba la frustración política bajo el peso de una autocracia percibida como demasiado ajena. El desmesurado tamaño del país parecía darle derecho a esos sueños.

Cuando cayó el zarismo, las ensoñaciones místicas de Rusia como salvador moral de la humanidad se unieron al destino de otras baratijas del Antiguo Régimen. Pero una vez que Stalin consolidó su poder, el esquema formal de una misión especial reservada al país cobró nueva vida. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas fundada en 1922 bajo el liderazgo de Lenin no hacía referencia alguna a territorios o pueblos privilegiados, sino que se presentaba como sala de espera revolucionaria a la que podría unirse cualquier país una vez que hubiera derrocado el capitalismo; entretanto, serviría como bastión del internacionalismo proletario. Pero desde principios de la década de 1930 el paisaje doméstico sufrió una alteración ideológica. Otro valor era cada vez más relevante, un oxímoron inconcebible en tiempos de Lenin: el patriotismo soviético.

⁴² Respecto a este asunto, véase el todavía útil estudio de Tim McDaniel, *The Agony of the Russian Idea*, Princeton 1996, pp. 22 y ss., 160-161.

Cierto es que no coincidía exactamente con el nacionalismo ruso, y en el momento de mayor peligro del régimen, cuando la Wehrmacht estaba a las puertas de Moscú, seguía siendo demasiado abstracto para servir como lema unificador contra el enemigo; pero con el tiempo se convirtió en una realidad para muchos de los ciudadanos de la Unión Soviética, quizá incluso para la mayoría. Tampoco había ninguna contradicción entre los ideales de 1921 y los de 1931, ya que la URSS no era solo la patria de sus ciudadanos, que exigía lealtad como podía hacerlo cualquier otro Estado moderno; era también, según la fórmula oficial, «la patria del proletariado internacional y de los trabajadores de todo el mundo». Una vez más, como en la «idea rusa» de antaño, una identidad particular recibía una misión universal. La Patria de los Trabajadores, a la vez guía y ejemplo, conduciría al mundo al socialismo.

Estado postrado

Con el colapso de la URSS, esta construcción también se desintegró. Ahora, según todas las apariencias, al desvanecerse los tegumentos supranacionales del zarismo y el comunismo, el nacionalismo ruso confinado por uno y otro podría desarrollarse libremente como expresión natural de una identidad colectiva inhibida durante mucho tiempo, en un espacio libre de otras ataduras alternativas. Pero desde el principio había una sombra: la liberación no había venido desde dentro; había sido la victoria de Occidente en la Guerra Fría la que había eliminado el comunismo. Una verdadera guerra, en la que las dos superpotencias habían combatido durante décadas en un campo de batalla global, con todas las armas excepto el intercambio directo de fuego entre ellas, había terminado con el completo triunfo estadounidense y la derrota de la Unión Soviética, en un resultado tan categórico como la capitulación de Alemania y Japón en 1945.

Pero sus consecuencias no iban a ser las mismas, ya que Washington gestionó de otro modo la victoria obtenida sin necesidad de recurrir a las armas. No hubo ocupación como la que había afectado a las potencias del Eje. Sin un Clay o un MacArthur al mando, eso significaba un control menos estricto. Por otro lado, mientras que la búsqueda de personal con el que administrar los regímenes posfascistas en Alemania y Japón había sido un proceso lento y complicado, que requería una vigilancia militar directa, en Rusia la totalidad de la clase política ofreció desde un principio su colaboración entusiasta con el vencedor. La voluntad

estadounidense rara vez se cuestionaba. Los gastos necesarios para suavizarla o hacerla cumplir fueron, por tanto, mínimos. Estados Unidos no solo se ahorró los costes de una ocupación, sino que pudo prescindir de la ayuda económica proporcionada a Alemania y Japón para apuntalar su recuperación industrial, necesaria para la confrontación con la URSS. Ahora que el comunismo había desaparecido, no había necesidad de este tipo de seguro contra él, tanto más cuanto que no solo el comunismo como orden político e ideológico, sino el propio Estado oponente, cuya envergadura había llegado a rivalizar con la de Estados Unidos, se había disuelto como un azucarillo. Después de la derrota de Alemania hubo que rediseñar sus fronteras y el país quedó dividido durante un tiempo antes de resurgir como potencia dominante en Europa. Japón conservó no solo su territorio, sino también la mayor parte de su elite activa durante la guerra, por no hablar de su emperador de origen divino. Pero la URSS fue borrada como tal del mapa.

Esta fue una ganancia no pactada para Estados Unidos, no prevista *ex ante* como uno de los botines de guerra. Bush y Baker, situados en los puestos de mando en 1991, estaban más preocupados que eufóricos al acercarse la desintegración de la Unión Soviética; Gorbachov y Shevardnadze habían sido interlocutores agradables. Pero en cuanto se percibió como un *fait accompli*, la elite gobernante estadounidense tenía todo tipo de razones para sentirse satisfecha por la extinción de su viejo adversario. El capitalismo había dado su golpe de gracia al comunismo como forma de sociedad desde el exterior; la liquidación del Estado que el comunismo había generado era una ventaja adicional, que se había generado internamente. Usando el mando de la RSFSR como base, y jugando con el resentimiento ruso por la anomalía de su falta de autonomía y peso proporcional en las estructuras conjuntas de la URSS, Yeltsin despachó a Gorbachov presidiendo, a medias instigando, a medias consintiendo, la disolución del Estado soviético que su rival seguía formalmente gobernando.

Con el ascenso de Yeltsin parecía haber sonado la hora del nacionalismo ruso. Pero si bien su apoyo popular durante la escalada dependía de su invocación expresa, una vez que se afianzó en el poder, su base política residía en una intelectualidad que lo respaldaba por otras razones. No la impulsaba su apego al nacionalismo, sino la admiración —en una versión nueva del *zapadnichestvo*— por el capitalismo. En sus variantes del siglo XIX, los intelectuales rusos habían buscado en

Occidente la inspiración para una modernidad liberal, industrial y parlamentaria estorbada por el zarismo. Pocos, sin embargo, se sentían atraídos por el culto al beneficio y el nexo monetario. A finales del siglo xx la libertad canónica de los posmodernos era la democracia, y el entorno de Yeltsin le daba mucha importancia. En la autodescripción que preferían, eran sobre todo demócratas. Pero como observaba el mejor intelectual ruso de la época, un ejemplar auténtico, mientras cabalgaban hacia el poder, eran demócratas cuyo dominio significaba la humillación de la democracia. Yeltsin bombardeó la Duma, falseó la ratificación de la Constitución, subastó la riqueza del país para repartirla entre un puñado de oligarcas y se enriqueció él mismo y a sus favoritos sin medida⁴³. Para ellos lo importante no eran tales cuestiones, sino la emancipación a la que servían, la introducción irreversible del capitalismo en Rusia, de la cual se derivarían en última instancia todas las demás bendiciones, políticas y sociales, de Occidente.

En ese contexto, el nacionalismo ruso no tenía lugar. La tarea urgente del país era unirse a Occidente, no entretenerse en lo que solo podían ser diferencias retrógradas. Eso significaba plegarse a su voluntad, con entusiasmo si era posible, o con estoicismo si era necesario. El ministro de Asuntos Exteriores de Yeltsin, Andrei Kozirev, dejó estupefacto a Nixon en su visita diciéndole que Moscú no tenía otros intereses que los de Occidente. Con interlocutores como esos, que representaban a un Gobierno que dependía para mantenerse en el poder del apoyo económico e ideológico de Occidente, Estados Unidos podría tratar a Rusia con apenas más consideración que si se tratara de un país ocupado. Cuando hasta Kozirev rehuía la intimación de Washington de unirse a las amenazas de atacar a Serbia, Victoria Nuland –actualmente secretaria de Estado adjunta para las relaciones con Europa– gruñía: «Eso es lo que obtienes cuando tratas que los rusos se coman sus espinacas. Cuanto más les dices que son buenas para ellos, más se atragantan»⁴⁴. Su superior en aquel momento, el amigo y familiar de Clinton Strobe Talbott, anotaba orgullosamente que «la administración del tratamiento de espinacas a Rusia fue una de las principales actividades de su mandato». A su debido tiempo Obama diría, en público, que Putin le recordaba a «un adolescente malhumorado en el fondo de la clase». En la actual

⁴³ Dimitri Furman, «Perevernutyi istmat? Ot ideologii perestroiki k ideologii "stroitel'stva kapitalizma" v Rossii», *Svobodnaya Mysl'*, num. 3, 1995, pp. 12-25; *Dvizhenie po spirali*, Moscú, 2010.

⁴⁴ Strobe Talbott, *The Russia Hand: A Memoir of Presidential Diplomacy*, Nueva York, 2002, p. 76.

crisis de Ucrania se pudo grabar a Nuland comentando con el embajador de Estados Unidos en Kiev la composición del futuro Gobierno del país en un tono comparado por un observador estadounidense con el de un gobernador británico dando instrucciones a uno de los príncipes de la India colonial⁴⁵. Condescendiente o despectiva, la actitud estadounidense habla por sí misma: *vae victis*.

En el momento en que Yeltsin abandonó el Kremlin a raíz de la debacle económica de 1998, en medio de la corrupción, el caos y la miseria, sus asesores neoliberales habían quedado desacreditados. Como ideología, el capitalismo nunca había disfrutado de mucho respeto popular o confianza; y como experiencia, bajo los auspicios de Chubais, Gaidar, Nemtsov y el resto, para la mayoría de los rusos había resultado más un calvario que una liberación. Putin trajo la restauración del orden y la recuperación económica sin tener que repudiarlo, pero también sin proclamarlo como legitimación del sistema que había heredado. Se necesitaban mercados, por supuesto, pero lo que los rusos siempre habían valorado más era un Estado fuerte. De cara al exterior, eso significaba poner fin a las humillaciones de la era Yeltsin. Rusia buscaría, como ha dicho un gran experto estadounidense sobre su política exterior, «el respeto, el reconocimiento y la responsabilidad por mantener el orden en todo el mundo»⁴⁶. Haría cuantos cambios fueran necesarios con ese fin, pero sus intereses no coincidían automáticamente con los de Occidente, y tenía derecho a ser tratada en pie de igualdad por sus socios en América y Europa.

Quince años más tarde, ese afán se ha convertido en aficción. El régimen, acorralado por la crisis económica y el boicot occidental, ha vuelto a caer en el nacionalismo como pilar ideológico. Históricamente, los gobernantes podían apelar a él en tiempo de guerra –1812, 1914, 1941–, pero siempre de forma episódica, acompañado por otros tipos de valores. Hoy día no hay tal guerra, ni tampoco otro sistema de valores. Es la primera vez en tiempos de paz que el Gobierno lo apuesta todo por el nacionalismo ruso puro y simple, y según parece va para largo. ¿Qué eficacia puede llegar a tener ese recurso? A medida que la recesión interna se profundize, que se recorte el gasto social y que el nivel de vida

⁴⁵ David Rieff, «Obama's Liberal Imperialism», *The National Interest*, 11 de febrero de 2014. Para la transcripción de su conversación, véase NLR 86, marzo-abril de 2014, pp. 12-13 [ed. cast.: NLR 86, mayo-junio de 2014, pp. 13-15].

⁴⁶ Jeffrey Mankoff, *Russian Foreign Policy: The Return of Great Power Politics*, Lanham, 2009, p. 305.

medio caiga, aumentarán las tensiones. Aunque las protestas políticas en la capital no han hecho hasta ahora mucha mella en el régimen, si las protestas sociales en las provincias –que estallan aquí y allá desde 2011– se extendieran a todo el país, estaría en peligro: la actual oleada de sentimiento nacional de Rusia está claramente relacionada con la constatación de dificultades materiales externas. Otra cuestión, más profunda que la actual crisis, es su fuerza interna.

¿Cuáles son las reservas a las que puede recurrir hoy el nacionalismo ruso? Si la religión ortodoxa es poco más que un sello de respetabilidad, un objeto de moda más que de fervor, mientras que la alta cultura honrada en la época soviética ha sido marginada por una cultura de masas de marcas comerciales globalizadas, y la «democracia de imitación» (NLR 54) del propio régimen alimenta escasamente el orgullo patriótico, ¿qué queda? Esencialmente, una paradoja. Ahora que ha desaparecido, el Imperio que en otro tiempo cubría y atrofiaba la nación se ha convertido en la piedra angular de su identificación contemporánea: la grandeza del pasado, independientemente de su origen o sus resultados, ofrece el denominador común más inmediato para una subjetividad colectiva del presente. Los recuerdos son selectivos, como en cualquier nostalgia, pero carecen de un sustrato objetivo que los mantenga con vida. Y si Rusia ya no es el arquitrabe de un imperio, tampoco es un Estado-nación convencional, ni está en vías de serlo. Incluso amputado, sigue siendo el país más grande de la tierra. Su población no guarda proporción con ese tamaño, menos aún en relación con las potencias con las que rivaliza, pero sigue siendo mucho mayor que la de cualquier otro país europeo. Sigue incluyendo conquistas coloniales; uno de cada seis de sus habitantes es musulmán; de aquellos cuya primera lengua es el ruso, uno de cada seis vive fuera de sus fronteras. En cuanto a renta per cápita, es el más rico de los BRICS; y en cuanto a armamento, su arsenal nuclear solo es superado por el de Estados Unidos. Es demasiado pequeño para situarse como gran potencia en pie de igualdad con Estados Unidos o China o, en un futuro próximo, con la India; demasiado grande para caber en Europa o encontrar su lugar entre otros miembros de la «comunidad internacional». Para su desgracia, Rusia es geopolíticamente gordiflaca.

Hace catorce años, en lo que sigue siendo el análisis más profundo de la situación del país en los albores del nuevo siglo, Georgi Derluguian escribió:

El Estado ruso afronta hoy día dilemas quizá más serios que nunca, no solo por su abrupta disminución de tamaño, sino porque sus principales activos y orientaciones tradicionales se han visto drásticamente devaluados. El capitalismo en su forma globalizada es antitético a los imperios burocrático-mercantilistas especializados en maximizar el poderío militar y el peso geopolítico, objetivos en los que se empeñaron durante siglos los gobernantes rusos y soviéticos.

¿Cuánto tiempo durará esta situación?

El régimen de globalización de los mercados se mantendrá mientras se cumplan tres condiciones: que prosiga la expansión económica de los últimos tiempos; que Estados Unidos mantenga su hegemonía ideológica, diplomática y militar; y que los desórdenes sociales provocados por la expansión de las operaciones de mercado no desborden los controles establecidos mediante métodos de redistribución o policiaos. *Rebus sic stantibus*, probablemente se puede conceder a la forma actual de globalización otros diez años aproximadamente⁴⁷.

En el ínterin, el régimen de Putin ha intentado montar a horcajadas sobre la diferencia entre el viejo orden y el nuevo: buscando a la vez renovar los valores y las orientaciones que se han depreciado pero no han perdido todo su valor, y sumarse a los mercados que los han degradado sin someterse a la potencia hegemónica; ese intento de nadar en el oleaje del capitalismo financiero guardando la ropa de una administración tutelada es profundamente contradictorio, pero también refleja la extraña incommensurable posición de Rusia en el actual orden internacional en el que el régimen está atrapado sin ninguna vía de escape a la vista.

⁴⁷ Georgi Derluguian, «Recasting Russia», *NLR* 12, noviembre-diciembre de 2001, pp. 20–21 [ed. cast.: «Reconsiderar Rusia», enero-febrero de 2002, pp. 74-75].